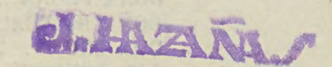
Saenz

LOS SENTIDOS CORPORALES.

LOS SENTIDOS CORPORALES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE



D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

Estrenada en el teatro de Jovellanos en Enero de 1867.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO. 18.
1867.

PERSONAS.	ACTORES.
ÁNGELA..............	DOÑA MATILDE DÍEZ.
LA MARQUESA......	CLOTILDE LOMBÍA.
NARCISA.............	CÁRMEN GENOVÉS.
DOÑA FLORA.......	EMILIA DANSANT.
DOÑA IRENE........	BALBINA PRADO.
DON BRUNO........	DON MANUEL CATALINA.
DON BERNABÉ......	FRANCISCO OLTRA.
DON DESIDERIO.....	EMILIO MARIO.
DON ADOLFO.......	JUAN CASAÑER.
DON FILOMENO.....	MANUEL PASTRANA.

Señoras, caballeros, criados.

La accion pasa en Aranjuez.

ACTO PRIMERO.

Saenz

Salon de una fonda contiguo al comedor. En el centro un gran velador: otro mas pequeño á la izquierda cerca de un balcon: butacas y sillas *ad libitum*: puerta en el foro, que conduce á la escalera y tambien á los cuartos de los huéspedes: la del comedor, en los bastidores de la derecha. Al levantarse el telon aparecen ya sentados en torno al velador grande, ó poco separadas de él, las parejas de ambos sexos y de varia edad que no toman parte en el diálogo ó lo hacen en coro cuando se indica: algunos individuos toman café ó té, y no hay inconveniente en que tal cual caballero fume. D. Filomeno sale del comedor dando el brazo á Doña Flora; le sigue D. Desiderio de bracero con Narcisa, y D. Adolfo *idem* con Doña Irene.

ESCENA PRIMERA.

NARCISA. DOÑA FLORA. DOÑA IRENE. D. ADOLFO. D. DESIDERIO. D. FILOMENO. DAMAS. CABALLEROS. DOS SIRVIENTES.

FILOM. Aquí?
FLORA. Bien. Gracias. (Se sientan.)
FILOM. Café
á esta señora.

FLORA. Con leche.
FILOM. Á mí, puro.
DESID. Narcisita,
qué es lo que usted apetece?
NARC. (Sentándose, y á su lado D. Desiderio.)
Gracias. Por ahora, nada.
Despues tomaré un sorbete.
ADOLFO. (Dejando sentada á Doña Irene y sentándose él tambien.)
Qué quiere usted que le sirvan?
Té?
IRENE. Té.
ADOLFO. (Al mozo.) Tú, té á doña Irene.—
Á mí sírveme una copa
de perfecto amor.
NARC. ¿Y el huésped
que vino anoche?
DESID. Mi amigo?
Antes de alzar los manteles
pidió café al camarero,
y creo que, sin moverse
del comedor, lo estará
tomando.
NARC. Sí? ¡Vaya un ente...
DESID. Es tétrico, taciturno
y, quizá porque las teme,
no, como á mí, le cautivan
las gracias de las mujeres.
NARC. Oiga!...
DESID. Tiene sin embargo
dotes apreciables...
NARC. Puede;
y dirá usted que se calla
muy buenas cosas.
DESID. No suele...
NARC. Pero yo debo inferir
de su conducta silvestre
que es un mal hombre...
DESID. No tal.
NARC. Ó un majadero solemne.
FLORA. Eh! ¿qué nos importa...
NARC. Á mí

nada.

FILOM. (Levantándose y tambien D. Adolfo y otros caballeros: algunas señoras mudan de asiento, y quedan así todas las figuras dando frente al público)
Va siendo ya fuerte
el calor.

ADOLFO. No es maravilla,
porque ya estamos á veinte
de mayo.

DESID. Y las alcachofas
se van espigando.

FLORA. Y pierde
su aroma la rica fresa.

NARC. Y las familias se vuelven
á Madrid: en pocos dias
se queda Aranjuez sin gente.

DESID. Sí: apénas hay ya en el sitio
tal cual ciudadano enclenque...

FILOM. Y los que tienen aquí
casa propia.

FLORA. Ya se entiende.
En las fondas nos saquean
impune y horriblemente.
Sin embargo, á mí me encantan
esos amenos verjeles,
esas frescas arboledas,
y la apacible corriente
del Tajo, y tanto edificio
suntuoso, y la grama verde
que brinda pasto abundante
á becerros y corceles,
y los grupos mitológicos,
y la cascada, y el puente...
Hasta San Juan, no se me hable
de dejar tan grato albergue.

ADOLFO. Digo lo mismo.

NARC. Ya; usted...

ADOLFO. Me prueba perfectamente
este clima.

FILOM. No es el clima
lo que..., pues!, sino... Qué peje!

DOLFO. Todavía es agradable

aquí la vida.

FLORA. Eso siempre.
Aranjuez es un trasunto
del Paraíso terrestre.

FILOM. Y más cuando en él reside
la Marquesa de Albaalegre.
(Risitas y murmullos)

ADOLFO. (Ídolo mio!)

DESID. Á propósito,
en sus salas esplendentes
da baile esta noche.

DAMA. Sí.

DESID. Y ha repartido billetes...

DAMA. Á mí.

UN CAB. Á mí.

DAMAS. Á todas.

CABS. Á todos.

DESID. Y habrá buffet.

FILOM. Eso es de ene.

DESID. Allá irán ustedes...

DAMAS. Todas.

DESID. De veinticinco alfileres.

NARC. Pche!...

DESID. ¡Es tan obsequiosa...

FILOM. Oh! mucho.

NARC. (Aparte con D. Desiderio.)
Yo creo que esa ave fénix
cubre un orgullo sin límites
con su dulzura aparente.

DESID. Tal vez, y en cuanto á hermosura,
aunque Adolfo la celebre,
hay aquí... (Siguen hablando en voz baja.)

ADOLFO. (Mal haya el baile!
Yo voy á estar en un brete.)

FILOM. La casa es bella, espaciosa...

DAMA. Sí.

ADOLFO. Y qué elegantes los muebles!

FLORA. Lo que me enamora á mí
es aquel lindo parterre...

FILOM. Pues ¿y el jardin interior?

FLORA. Delicioso! (Como inspirada.)
Oigan ustedes.—

Ya que de jardines se habla
y Aranjuez todo es jardin,
y sin aromas no alcanzo
cómo hay quien pueda existir,
permítame la tertulia
que del más grato y sutil
entre los cinco sentidos
haga yo el encomio aquí.—
Dios mismo la preferencia
le dió cuando en un pensil,
y no en alcázar grandioso,
creó al padre de Caín.
Y si propicio acogió
los cánticos de David,
fué porque en nubes de incienso
se elevaron al cenit.
¿Qué mucho si gustan de él
el Gran Turco y su visir
y todo prócer viviente
solariego ó mercantil?
(Llega D. Bruno por la puerta de la derecha, á lo pocos pasos se detiene; echa una mirada desdeñosa y triste sobre Doña Flora y su auditorio, que no reparan en él; atraviesa por detrás el tablado; se sienta junto al velador inmediato al balcon; toma y lee para sí un periódico que habrá sobre él, prestando de vez en cuando leve atencion á lo que oye.)

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES, D. BRUNO.

FLORA. Yo, toda fé, que no entiendo
lo que cantan en latin,
cuando el turíbulo agita
piadosa sobrepelliz,
en devoto arrobamiento
creo de este mundo vil
alzarme al celeste empíreo
con alas de serafin.
¿Por qué es la estacion mas dulce
la primavera?, decid:
¿por qué de los doce meses

el más risueño es Abril?
Porque en él céfiro blando
sus cálices hace abrir
á la rosa purpurina
y al voluptuoso alelí.
Una de las tres Arabias
lleva el nombre de feliz
por las drogas odoríferas
que el suelo prodiga allí.
¿Qué deleite hay que se iguale
al olor del ámbar gris,
ó al que despiden pastillas
de estoraque ó de benjuí?
«El mas fino paladar,
puede el olfato decir,
inútil fuera si estímulos
no recibiese de mí.» —
«Conforta, dice un gastrónomo,
el olor de ese pernil,»
y no en vano está la boca
tan cerca de la nariz.
Ni al recreo del olfato
basta el terrestre confin,
que el don de beatitud
le sublima entre otros mil.
En más de un duelo mortuorio
juran Inés ó Beatriz
que *en olor de santidad*
murió Petra ó murió Gil.
Pero si, á distancia inmensa
de Raquel ó de Judit,
con tan alto privilegio
no me puedo yo engreir,
para que el nasal influjo
en mí tenga un paladin,
basta saber que sus goces
me convidan á dormir.
Hay en los suaves efluvios
de clavel, nardo ó jazmin
una virtud soporífera
que yo no sé resistir.
¿Y qué puede apetecer

mejor que un sueño infantil,
seráfico, una individua
cansada ya de vivir?
No obstante, como pudiera
ser mi modorra incivil,
al órgano que celebro
(Sacando la caja y tomando un polvo.)
dar suelo el quién vive... así.—
Oh rapé! Yo te bendigo.
Los diamantes del Brasil,
tu noble patria, ¿qué son
cuando los comparo á tí?
¿Qué aroma al tuyo aventaja,
y qué fruicion no es pueril
en parangon con el vivo
cosquilleo ..
(Estornuda.) ¡Achís!... ¡Achís...

DESID. *Dominus tecum*!

DAMA. Jesus!

FLORA. Mil gracias.—Ah! ni una hurí
goza... Achís!—Un polvo?

DESID. Gracias,

ADOLFO. No gasto...

FLORA. Yo un celemin
al mes; que otros regodeos
me veda, ay! la edad senil,
y mi sensibilidad
toda está ya en la nariz.

CABS. Brava!

DAMAS. Muy bien!

FLORA. Gracias. Yo...

FILOM. Bien ha probado su tésis.

NARC. La siesta es larga, y pudiéramos
improvisar una especie
de Academia en que de asunto
á la discusion sirviesen
los sentidos corporales.

TODOS. Sí!—Sí!

NARC. La voz elocuente
de mi abuelita ha hecho ya
del sentido que prefiere
luminosa apología:

otro ahora, francamente,
sobre el órgano auditivo
pudiera hacer una breve
disertacion.

TODOS. Aprobado!

FLORA. Pero ¿quién ha de ser ese?

DESID. (Viendo á D. Bruno y acercándose á él.)
Ah! Ya estás aquí!
(Miéntras los dos hablan aparte, otros interlocutores hacen lo mismo.)

BRUNO. Aquí estoy.

DESID. Ven...

BRUNO. No quiero oir sandeces.

DESID. Qué hombre!... Te divertirás...

BRUNO. Á mí nada me divierte.

FLORA. Nadie toma la palabra?

NARC. Ea! abierto está el palenque.
(Ah! ya está allí.) ¡Callan todos...

FILOM. Nombremos un presidente,
ante todas cosas.

TODOS. Sí.

FILOM. Y él reparta los papeles
como guste.

NARC. Norabuena.
Yo doy mi voto á don Félix.

UN CAB. Yo no tengo autoridad...

DESID. Ninguno del sexo fuerte
debe tenerla entre damas.
Sea una de las presentes
quien presida.

CABS. Sí!

DESID. Narcisa!

CABS. Sí!—Sí!

NARC. (Con afectada modestia.)
Gracias. No merece
mi humildad tan alta honra.

BRUNO. (Necia!)

NARC. Pero de obediente
me precio, y pues el señor
don Filomeno Gutierrez
es gran músico...

FILOM. No; un mero

dillettante...
BRUNO. (Mequetrefe!)
NARC. Hable él del oido.
FILOM. Eh!... Yo...
NARC. No admito excusas ni dengues.
FILOM. Bien; pero ruego al concilio
sea conmigo indulgente.—
Respeto en mi señora,
la insigne doña Flora,
el entusiasmo férvido
con que hace el panegírico
de la virtud de oler;
mas lícito me sea
decir á la Asamblea,
á fuer de filarmónico,
que sólo está en el tímpano
la fuente del placer.
Orejas de beocio
son las del rudo socio
que al atractivo plácido
del laúd y la cítara
se muestra contumaz.
¿Y qué diré del canto?
¿Dónde hay mayor encanto,
ora sea barítono,
tiple ó tenor el músico
que al alma da solaz?
Si es algo la armonía,
si algo es la melodía,
dígalo el arte mágica
con que dió muro al ámbito
de Tébas Anfïon:
demuestre su eficacia
el semidios de Tracia,
que confusas y mínimas
amansó al tigre indómito
y al soberbio leon.
Bien sé que estos prodigios,
de que ya no hay vestigios,
son para los incrédulos
extravagantes fábulas
que no merecen fe;

más dan prueba inconcusa
de que Enterpe es la musa
más noble y de más mérito,
y su virtud, omnímoda
siempre en el mundo fué.
Y mito, como Orfeo,
no fué en Grecia Tirteo,
de las haces belígeras
inflamando los ánimos
con su elocuente voz;
ni Gallego y Quintana
cuando á la gente hispana
con su estro dieron ímpetu
contra el intruso déspota
y su hueste feroz.
¿Y acaso no da creces
al valor de las preces
que alzamos al Altísimo
el aliciente eufónico
del mí y el do y el fa?
¿Y acaso al Dios que adoro
no es ledo el almo coro
con que ángeles y arcángeles
cantan de gozo extáticos:
«Hossana á Jehová?» —
Pero á este globo humilde
torno, ántes que me tilde
algun grave teólogo
de que mi vuelo rápido
sale del diapason.
La música es consuelo
del hombre, es don del cielo,
y no hay, dice un filósofo,
mas potente vehículo
de civilizacion.
Canta, ó toca la flauta,
el cautivo, y el nauta,
tenga ó no viento próspero,
canta cruzando el piélago
de Cádiz al Perú.
¿Quién no canta, ya tango,
ya jota, ya fandango;

responsos el presbítero;
si es un jaque, una jácara;
si es un niño, el Mambrú?
Hasta los hotentotes,
tan salvajes, tan zotes,
hasta los antropófagos
cantan..., aunque su método
no es, por cierto, el mejor;
y hacen alegre salva
con sus trinos al alba
pajarillos sin número,
y es su maestro al *cémbalo*
el tierno ruiseñor.
Basta. Con un axioma—
y no lo tome á broma
mi auditorio benévolo—
á este arrebato lírico
daré fin: allá va.
¿Dónde hay cosa que al hombre
más deleite y asombre,
dónde hay un espectáculo
comparable á la ópera,
mi gloria y mi maná?
Ya la escriba Paccini,
ya Verdi, ya Bellini,
ó ya el cisne de Pésaro;
ya sean sus intérpretes
la Alboni ó Tamberlik;
no en vano solemnizo
su poderoso hechizo,
que triunfa con estrépito
de Pontevedra á Vich.

CORO. Bien!—Bien!

ADOLFO. Se ha lucido usted,
Don Filomeno.

DESID. (Ap. con D. Bruno.) Qué tal?

BRUNO. Pche!...

FILOM. Quizá ha sido hiperbólica
mi peroracion.

NARC. Quizá.

FILOM. Sin embargo, señorita,
áun no he dicho la mitad

de lo que inspira á mi pecho
un arte tan celestial.
Pudiera añadir que el canto
es irresistible iman
de las almas, sobre todo
el canto sentimental,
romántico...; y que en la tierra
no hay poder ni autoridad
á que no se sobreponga
si una boca de coral...,
quiero decir femenina,
con él hace delirar.

NARC. Bien puede una cantatriz
ser necia, superficial...,
fea, aunque sus gorgoritos
se aplaudan en sociedad.
¿Acaso en el bello sexo
no hay otros méritos...

FILOM. Sí hay;
mas para mí el de una *prima
donna* es el bello ideal.

NARC. Harto es que con rios de oro
se pague su habilidad,
sin que á cada cantarina
erijamos un altar,
exclusivo privilegio
reservado desde Adan
á las hermosas.

DESID. Sí.

ADOLFO. Apoyo!

FILOM. Usted me permitirá
que...

NARC. (Siempre afectada y melindrosa.)
No lo digo por mí;
que si bien más de un galan
pondera mis atractivos,
no paso de regular.

BRUNO. (Tonta!)

FILOM. Tenga usted presente,
y téngalo el Tribunal,
que, patrono de un sentido,
ponerle en primer lugar

es mi obligacion, Narcisa,
comparado á los demas.
Bien puedo yo, á fuer de músico,
á una *Patti* idolatrar,
cuya gracia peregrina,
cuya voz angelical
me arrebatan, me...

NARC. (Con retintin.) Su voz!...
Una voce poco fa.

DESID. (Riendo.)
Ja, ja... Bien!

UNA DAMA. Bien!

NARC. Respetando
su pericia musical...

FILOM. Oh *diva!*

NARC. Digo que soy
anti-pática.

BRUNO. (Es verdad.)

FILOM. Sostengo...

NARC. Al órden!—Ahora,
pues basta de solfa ya,
diga qué opina del gusto
Don Adolfo Montalban.

ADOLFO. Yo no soy juez competente...

DAMAS. Sí!—Sí!

ADOLFO. En eso cada cuál
tiene su criterio, y yo...

DAMAS. Que hable!—Que hable!

ADOLFO. Bien está;
mas no se critique luégo
mi urbana docilidad.
«*Gustos y disgustos* son
no más que imaginacion,»
es proverbio á que dió fama
servir de título á un drama
de Don Pedro Calderon.
¿Qué juicio haré yo dèl *gusto*,
si además recapacito
en otro refran vetusto
que dice, y dice lo justo,
«de *gustos* no hay nada escrito?»
Y si al encuentro me sale

de adagios tan verdaderos
otro adagio, caballeros,
que dice claro: «más vale
un *gusto* que cien panderos;»
  Y si alguno me replica;—
que á todo en verdad se aplica
la ciencia de los refranes,—
diciéndome: ¡eh, voto á sanes...
«sarna con *gusto* no pica;»
  Yo diré que áun los regalos
más de una vez son muy malos,
y que aquí, y en el Catay,
amables señoras, «hay
gustos que merecen palos.»—
  Pero, tomándolo á chanza,
ya que tanto se me apremia
á que éntre tambien en danza,
diré á esta docta Academia
lo poco que se me alcanza.
  Opino en primer lugar—
y esto prueba la excelencia
de órgano tan singular—
que no está su residencia
tan sólo en el paladar.
  Así, de una señorita,
que á adorarla nos excita
sin *comerla* ni *beberla*,
para afirmar que es bonita
decimos que es una perla;
  Y más de tres negociantes
que bullen en las subastas,
sin ser de niñas amantes,
lo son, y muy entusiastas,
de perlas y de diamantes.
  Y en los muebles y en los trajes
hay *gustos*, malos y buenos,
y en materia de carruajes,
ó si se quiere equipajes...
Galicismo más ó ménos...
  Y hay *gusto* en artes muy vario;
y por fin, que el inventario
es muy prolijo y me arredra,

basta hoy *gusto* literario,
aunque no cunde ni medra.—
Yo, blando de corazon,
á todos pago estipendio
tributando adoracion
al dulce objeto, perdon!...,
que es de todos el compendio.
(Tomando su sombrero.)
Y pues ya la hora es,
aunque beso los de ustedes,
que me precio de cortés,
tierno como un Ganimédes
voy á ponerme á sus piés.

ESCENA III.

LOS PRECEDENTES ménos D. ADOLFO.

FILOM. Guapo mozo!
FLORA. Muy simpático.
NARC. Sí, pero es de lamentar
que por la altiva Marquesa
suspire con tanto afan.
DESID. Lo sabe la ilustre viuda,
y la indulgente amistad
con que hoy le honra, bien podria
en afecto más cordial
convertirse.
NARC. Eso no prueba
sino que él es un bausan,
y ella... Mujer tan pagada
de su nobleza feudal
¡casarse con un hidalgo
de misa y olla!... Jamás!
Sólo por coquetería
oye sus lisonjas...
(Viendo llegar por la puerta del foro á Ángela y saliendo á recibirla: las otras damas se levantan tambien para cumplimentarla.)
Ah!

ESCENA IV.

LOS DE LA ANTERIOR. ÁNGELA.

ANG. Dan ustedes su permiso?
NARC. (Abrazándola y besándola.)
¿Quién te lo puede negar
á tí?
UNA SRTA. Ángela! (La besa.)
FILOM. Señorita...
ANG. Oh amiga!...
(Saludando á derecha é izquierda.)
¡Tanta bondad...
Siéntense ustedes por Dios...
(Á Doña Flora)
Oh señora!...
FLORA. Ven acá.
Dame un abrazo.
ANG. Felices,
don Filomeno.—Pilar!...
DESID. Ángela!
ANG. Saludo al buen
don Desiderio Alcaráz.
(Á D. Bruno, que contesta con una reverencia.)
Beso á usted la mano.
NARC. Siéntate
conmigo aquí.
(La hace sentar á su lado. Los demas interlocutores se van sentando tambien, quedando juntos como ántes D. Bruno y D. Desiderio.)
BRUNO. (Quién será?)
NARC. ¿Tu hermano...
ANG. Bueno. Esta tarde
hay junta municipal,
y como es síndico...
NARC. Sí.
ANG. Miéntras él discute allá
sobre pastos y subsidios,
aquí vengo yo á pasar
la siesta agradablemente.
NARC. Ingrata! Seis dias ha

que no te habíamos visto.
ANG. Me ha dejado en el portal
y luego vendrá á buscarme.
FLORA. Con mucha oportunidad
llegas.
ANG. Sí?
DESID. Sí. Convertida
nuestra tertulia habitual
esta tarde en una especie
de congreso de Aquisgran,
estamos deliberando
con mucha formalidad
sobre los cinco sentidos
corporales.
ANG. ¡Singular
certámen!
NARC. Presido yo.
ANG. (En voz baja.)
Si á la mas bella se da,
nadie mejor...
NARC. Me abochornas...
ANG. Merece esa dignidad.
NARC. Han sido ya celebrados
gusto, oido y paladar:
faltan el tacto y la vista.
ANG. Ese es el mas principal.
NARC. Sí? Pues ya que tú lo dices,
tú lo has de justificar.
ANG. Yo? Pobre de mí! ¿Qué entiendo
yo... ¿qué borla doctoral
me autoriza...
NARC. Á nadie es lícito
abstenerse de votar.
ANG. Si es tan rígido el programa...
NARC. Sí.
TODOS. (Ménos D. Bruno.)
Que hable!
ANG. (Con resignacion.) Hablaré.
NARC. Escuchad.
(D. Bruno deja el periódico y presta atencion.)
ANG. Son tacto, gusto, olfato, vista, oido,
órganos, más ó ménos esenciales,

que el Cielo concedernos ha querido
para gozar los bienes mundanales,
y su fe y su razon dará al olvido
el que, deudor de beneficios tales,
de Dios la mano santa no bendiga
que á criaturas tantas los prodiga.
Cuánto sea el caudal de sensaciones
que en los cinco sentidos se atesora,
no bastan á expresar breves razones,
y ménos si las dice quien ignora
de la filosofía las lecciones,
y aquí, no como *ex cathedra* perora;
pues sólo en confianza y llanamente
dice, por decir algo, lo que siente.
Más, sin que niegue al paladar su fuero
de triunfar en opíparo banquete;
ni al olfato el deleite lisonjero
de gaya flor ó asiático pebete;
ni al tacto sus primores; ni severo
juez sea yo del bufo y el falsete;
poderes son los cuatro que de hinojos
deben dar primacía al de los ojos.
No en vano, cuando á límites redujo
tan cortos la divina Providencia
el paladial como el nasal influjo;
y no gira en mayor circunferencia
la mano; y aunque alarde de más lujo,
de olfato, gusto y tacto en competencia,
hace el oido con su alcance extenso,
el de la vista es formidable, inmenso.
Ella en celeridad excede al rayo,
y á apartada region alzando el vuelo,
ya las nieves contempla de Moncayo,
ya las llamas del árido Gibelo;
ella desde la cuna de Pelayo
registra el mar profundo; ella en el Cielo
desde esta pobre terrenal esfera
millares de astros mide y enumera.
Aun puede, de otros órganos privado,
la vida amar, si vive sin mancilla,
hombre á quien Dios el don ha conservado
de admirar tanta y tanta maravilla;

mas saber un mortal infortunado
que claro sol sobre su frente brilla,
y él sin tregua gemir en noche oscura!...
Oh! no hay consuelo á tan cruel tortura.

NARC.
FLORA. } Bien!
DAMAS.

CABS. Muy bien!

FILOM. Bien!

DESID. Archibien!

BRUNO. (¿Qué mágia, qué talisman
á esa interesante jóven
dió el Cielo... Me ha hecho llorar.)

NARC. Don Desiderio hable ahora
del tacto.

DESID. Otro más capaz
puede...

NARC. No; usted: yo lo mando;
no hay que hacerse de rogar.

DESID. Corriente. Hagámoslo pronto,
ya que hemos de hacerlo mal.—
Sólo por pura obediencia
á pagar mi óbolo acudo;
pero el tema es peliagudo
y á más de una reticencia
he de apelar, *ipso facto*,
si hablo con *tacto* del *tacto*.
Que hay en él sumo deleite,
aunque algun triste percance
le siga, eso está al alcance
de cualquiera que se afeite;
pero ¿cómo, ni en extracto,
explicar lo que es el *tacto*?
Pobre será el expediente
si, esquivando el material,
hablo del *tacto* moral
y escapo... por la *tangente*.
Metafórico, no exacto,
me dirán, es ese *tacto*.
Si algo ménos metafísico
aseguro desde luégo
que es prodigioso en el ciego

como el oido en el tísico,
álguien dirá estupefacto:
no se trata de ese *tacto*.
Si afirmo bajo mi fe
que en este órgano están todos,
pues *toca* de varios modos
quien gusta, huele, oye y ve,
el auditorio compacto
dirá: «al grano!; esto es, al *tacto*!
Vaya! ese santo varon,
temiendo ser algo verde,
en triquiñuelas se pierde
y no *toca* la cuestion.
Cumpla usted mejor el pacto.
Donde no hay roce no hay *tacto*.»—
Y culparán mi insolencia
si quiero ser más explícito;
y aunque suprima lo ilícito
no habrá para mí indulgencia;
¡me escomulgan en el acto
por crímen de leso *tacto*!
Perdone la sociedad
mi prudente diplomacia;
y pues, ántes que una gracia,
diré una barbaridad
si no me atengo á lo abstracto;
dejemos intacto el *tacto*.

FLORA. / CORO FEM. } Bien!

FILOM. / CORO MASC. } Bien!

NARC. *Tocando esa tecla*
salvó la dificultad.—
Para terminar ahora
el debate, convendrá
que haga de él algun tertulio
el resúmen general.

DAMAS. Sí!

FILOM. Aplaudo...

FLORA. (Mostrando á D Bruno.)
Aquel caballero...

BRUNO. Yo!

FLORA. Sí; usted nos honrará...
DAMA. Todas se lo suplicamos.
TODAS. Sí.
DESID. Rompe ese pertinaz
silencio.
BRUNO. No soy fisiólogo.
FILOM. No obstante...
BRUNO. Ni charlatan.
DESID. (En voz baja.)
Dirán que eres un idiota
si te obstinas en callar.
BRUNO. Qué lo digan!
FLORA. Sea usted
amable...
BRUNO. (Entre dientes.) Voto á Caifás!...
NARC. (En voz baja.)
No le rogueis.
DAMAS. Que hable!
OTRAS. Sí!
DESID. (En voz baja.)
Todas se conjurarán
contra tí. Dí... cualquier cosa.
DAMAS. Vaya!...
BRUNO. Hablaré á mi pesar;
mas luégo nadie me culpe
ni me llame antisocial
si diciendo mi sentir
soy duro á fuer de veraz.—
Cinco lenguas á porfía,
miéntras yo estaba en un potro,
han hecho la apología,
ya de un sentido, ya de otro.
Cinco los discursos son,
y creo que no delinco
si otorgo mi absolucion
á uno sólo de los cinco.—
Pero, dado que esta tarde,
con aplauso del concejo,
todos hayan hecho alarde
de inteligencia y gracejo;
sólo á la sensualidad
se ha pagado aquí tributo;

¡triste y amarga verdad
que cubre mi alma de luto!
Quién con la solfa delira
en Academia tan sábia;
quién por el tacto suspira;
quién por las drogas de Arabia;
quién la óptica pone en boga;
quién los salmones de Irun...;
¡y nadie, gran Dios, aboga
por el sentido comun!
Y el hombre, quizá el peor
de todos los animales,
¿es á ellos superior
en sentidos corporales?
Por ventura, ¿falta y quince
en la vista no nos dan
desde su guarida el lince
y volando el gavilan?
Aunque tanto en esta sala
el tímpano se celebre,
¿qué oido humano se iguala
al oido de una liebre?
¿Qué hombre habrá tan mentecato,
sea español ó flamenco,
que ose comparar su olfato
al olfato de un podenco?
¿Y quién, seres descreidos,
quién no reconoce, quién,
que si gozan los sentidos
penan y rabian tambien?
Si aquí el cielo, allá las artes
ostentan tal hermosura,
¿quién no ve por todas partes
miseria, fango y basura?
Todo lo que el hombre toca
¿es acaso terciopelo?
todo lo que entra en su boca
¿es faisan ó caramelo?
Gastrónomo, cuyo garbo
mata el hambre á quien le adula,
suele con dieta y ruibarbo
pagar su sórdida gula;

y finalmente, discurro
que no es agradable don
oir rebuznar á un burro...
y á muchos que no lo son.—
No trato de convenceros
de que honran á los mortales,
no esos instintos groseros,
sino las prendas morales.
Las hay aún? No lo sé.
En mundo tan corrompido
¿dónde está la buena fe?
dónde el pudor se ha escondido?
Yo...—Será desgracia mia—
sólo en hombres y mujeres
veo infame idolatría
al oro y á los placeres;
muchos ladrones con guantes;
en auge muchos picaños;
caretas en los semblantes;
en las caricias engaños.—
Si en los sentidos fiara,
que aquí son de tal agrado,
tal vez en alguna cara
viera el candor retratado;
pero yo, que ya una vez
lloré el mio amargamente,
en semejante sandez
no seré reincidente.
No negaré que mal quisto
me hacen tan rudos acentos;
mas, ay de mí! sólo he visto
decepciones y escarmientos;
(Tomando el sombrero.)
y pues tanta es la crueldad
de que hizo gala conmigo,
me hastía la sociedad,
la detesto y la maldigo.
(Se cubre y váse por la puerta del foro.)

ESCENA V.

LOS DE LA ANTERIOR ménos D. BRUNO.

FLORA. Qué hombre!
FILOM. ¡Terrible filípica
nos ha echado!
NARC. Atroz!
ANG. Quién es?
NARC. No sé... Un buho.
UNA DAMA. Un indio bravo.
FLORA. Le trajo á la fonda ayer
Don Desiderio.
DESID. Señora...
FILOM. Lindo regalo! ¿Por qué,
en vez de traerle aquí,
no le llevó á Leganés?
NARC. Á un pesebre, digo yo.
DESID. Raya en la ridiculez
su misantropía, pero
hay cualidades en él
que compensan...
NARC. Bah! es un cafre.
DESID. No tal.
FLORA. Es un descortés,
que habiendo tomado asiento
junto á este ángel del Eden...
NARC. Yo... Jesus!
FLORA. Desde la sopa
hasta el *ite, missa est*,
mudo ha sido para ella,
mudo y ciego! Hombre soez!
NARC. Mas si blasfemó su boca,
suya la culpa no fué,
sino de quien le rogó.
FLORA. ¿Quién habia de creer...
NARC. Á bien que de tal flaqueza
yo cuenta á Dios no daré.
ANG. No seré yo quien apruebe
la exageracion, la hiel
de su diatriba; mas, valga

la verdad, á mi entender,
algo hay de cierto en el cuadro
que ha trazado su pincel.—
De algun profundo pesar
nace su encono tal vez.

DESID. Sí, Angelita. Está ulcerado
su corazon; yo lo sé,
y este tormento moral
va ya minando tambien
su salud. Amigo suyo
desde la tierna niñez,
yo me he propuesto curarle,
y espero hacerle este bien.
No es poco ya haber logrado
que se traslade á Aranjuez
desde el solitario albergue
donde se quiso esconder,
y vuelva al gremio social
por cuatro dias ó seis.
Toqué al efecto un resorte
ingenioso...

FILOM. Cuál?

DESID. Poner
en duda, para picar
su orgullo, la intrepidez
de que blasona; decirle
que sin lucha no hay laurel;
que la arrostre denodado,
y mayor será su prez,
si tras de prueba tan árdua
persevera en su desden.

FILOM. Mal ensayo ha sido el de hoy.

DESID. Á la carga volveré.
Yo optimista, él pesimista,
veremos quién vence á quién.

ANG. Bien, amigo mio! Aplaudo
esa amistad y esa fe.
Si la oveja descarriada
vuelve al redil por usted,
Dios le premiará.

DESID. Y oveja
qe lleva sobre su piel

otro vellocino de oro.

FLORA. } DAMAS. } Oro!

NARC. De véras?

UNA SRTA. Oh!

OTRA. Eh?

DESID. Sí, Pilar. Sin otros méritos
tiene ese gato montés...
(Ahora va á ser para todas
un Adónis.)

FLORA. Cuánto?

DAMAS. Á ver?...

FLORA. Acabe usted.

DESID. Una renta
de dos mil duros al mes.

FLORA. (En voz baja á Narcisa.)
No lo eches en saco roto.

SRAS. Oh!—Ah!...

IRENE. (Dichosa mujer
la que...)

DESID. (Cómo se relamen!)

NARC. Si á otras ciega el interés,
á mí... (¡Ay, ojalá...) Narcisa
no da su brazo á torcer.

FILOM. ¿Daremos ahora un paseo
por el precioso verjel
de la Isla?
(Todas se levantan, ménos Flora, que se ha arrellanado en una butaca, y dominada por el sueño, da tal cual cabezada.)

DAMAS. Sí!

OTRAS. Á la Isla!

NARC. No. Para eso es menester
vestirse...

DAMAS. Ah!...

OTRAS. Sí.

NARC. Y para el baile
de esta noche nuevo tren.
(Á Angela.)
Tú irás?

ANG. Sí.

NARC. Es mucho trajin...

IRENE. Oh!
DESID. Me atrevo á proponer
que demos un par de vueltas
por la plazuela del Rey.
La *tualeta* no es allí
tan de rigor...
NARC. Vamos pues.
FILOM. Ya va declinando el sol.
FLORA. Yo siento una pesadez
esta tarde. . Aquí me quedo.
Vete con doña Isabel
y sus niñas.
NARC. (Á Ángela.) ¿Tú tampoco...
ANG. Vendrá mi hermano, y ya ves...
FLORA. Déjala que me acompañe
ANG. Lo hago con mucho placer.
NARC. Bien. Hasta luego, y si tardo,
hasta...
ANG. Sí; hasta la *soiré*.
DESID. (Ofreciendo el brazo.)
Narcisita...
NARC. Á doña Irene.
DESID. (Obedeciendo.)
Bien.
IRENE. Gracias.
DESID. (Dios de Israel!)
(Narcisa toma el brazo de otra jóven, y el de un caballero cada cuál de las damas restantes. Ángela despide en la puerta del foro á los que se retiran. Doña Flora está ya casi dormida.)
DAMAS. GALS. ¡Ea, abur!—Adios!—Abur!
DESID. Ah!
NARC. (Dos mil duros al mes!)

ESCENA VI.

ÁNGELA. DOÑA FLORA.

ANG. ¿Quién será el desconocido
que con odio tan profundo
mira las cosas del mundo?

No puedo echarle en olvido.
Sin duda es poco halagüeño
su... ¿Qué veo!—Doña Flora!—
No me responde. Señora!—
Dormida está como un leño.
(Sentándose donde se sentó D. Bruno.)
No gravaré mi conciencia
turbando un sueño tan santo,
y por no hacer otro tanto
leeré la Correspondencia..
(Toma el periódico que quedó en el velador y lee para sí.)

ESCENA VII.

ÁNGELA. DOÑA FLORA. D. BRUNO.

BRUNO. (Desde la puerta del foro, meditabundo.)
(Si hay en el orbe una buena,
ella lo es, ella sin duda;
mas la experiencia fué ruda.
No oigamos á otra sirena,
y aunque sea en vituperio
de la palabra que dí,
huyamos...
ANG. (Volviendo la cabeza.)
Quién?... (Se levanta.)
BRUNO. (Con turbacion.) (Ah! está aquí.)
Buscaba... á don Desiderio...
ANG. Salió poco ha de la fonda
á paseo, y de tropel...
BRUNO. Yo siento...
ANG. Se fué con él
toda la mesa redonda.
BRUNO. ¿Cómo usted tan retirada...
ANG. (Sonriendo.)
Tengo aquí una comision
grave; dar conversacion
á esa bienaventurada.
BRUNO. Si así cuida de su nieta,
no extraño que la chiquilla
sea marisabidilla

y empalagosa y coqueta.
ANG. Es inexperta zagala...
BRUNO. Hum!...
ANG. Del colegio ha salido
poco ha...
BRUNO. Sí? Pronto ha perdido
el aire de colegiala.
ANG. Se enmendará...
BRUNO. No; es mujer.
ANG. Pero ¿acaso...
BRUNO. Miéntras duerme
la abuela y la deja inerme,
velando está Lucifer.
ANG. Si todos los pareceres
se oyen en juicio sobre eso,
ay! ¿quién ganará el proceso;
los hombres, ó las mujeres?
Mas sola yo, no litigo
contra el dogmatista opaco
que de todo el sexo... *flaco*
se ha declarado enemigo.
BRUNO. Pudiera con fundamento
abominar de él mi boca.
ANG. Por la parte que me toca,
agradezco el cumplimiento.
BRUNO. Yo...
ANG. Fácil es comprender
la causa de esa acritud.
Llora usted la ingratitud
de alguna falsa mujer.
BRUNO. Ah!
ANG. Lástima grande! Pero
porque una fué fementida,
¿es justo que usted las mida
á todas por un rasero?
Si usted teme á cada instante
que se repita la escena,
sea cauto en hora buena;
pero sea tolerante.
¡Desventurado mortal
aquel á quien nada alegra!
Destierre usted esa negra

misantropía infernal.
Yo creo que el que la tiene—
dicho sea entre los dos—
falta al mundo, falta á Dios...
y á las reglas de la higiene.

BRUNO. El mundo me importa un bledo;
la salud... (Cielos! ¿por qué
si habla vacila mi fe
y sus ojos me dan miedo?)

ANG. ¿Cavila usted...

BRUNO. No, señora;
es que... (¡Así hablaba, ay de mí,
así me miraba, así
aquella circe traidora!)

ANG. Dios el precepto nos dió
de amar al prójimo.

BRUNO. Amén!
Al *prójimo*, está muy bien;
pero á la *prójima*, no!

ANG. Ay Vírgen Maria! Temo
que hombre tan digno de encomio
vaya...

BRUNO. Á dónde?

ANG. Á un manicomio.
Lo sentiria en extremo.

BRUNO. Qué! se apiada usted de mí?

ANG. Mucho.

BRUNO. (Si no huyo me pierdo.)
Gracias. Si ahora no soy cuerdo,
digo que nunca lo fuí.

ANG. Bien pudo alguna locura
de usted dar funesto orígen
á las penas que le afligen.

BRUNO, Oh! es verdad.

ADG. Qué desventura!
Loco ahora y loco entónces!

BRUNO. (Va tomando suavemente
sobre mí tal ascendiente,
que me saca de mis gonces.)
(Bruscamente.)
Quiere usted ser mi enfermera?

ANG. (Con risa benévola.)

Yo?... Sí tal: por Dios lo haré,
aunque no soy para usté...

BRUNO. Oh!

ANG. Ni *prójimo* siquiera.

BRUNO. Ah! sí, y más que eso...

ANG. (Con prontitud.) Eso basta.

BRUNO. (¿Quién me hubiera dicho ayer...)
Ángela!, usted no es mujer.

ANG. Sí: yo no niego mi casta.
Mas cuando usted por sistema
detesta á mi sexo...

BRUNO. Sí!

ANG. Mucho agradezco que á mí
me excluya del anatema.

BRUNO. Del dardo que aquí me hiere
la historia es muy lastimera.

ANG. Bien; la oiré como enfermera;
como amiga, si usted quiere;
pero de *cuerda* me alabo,
y cuando me presto á ello
no llevo en la mente aquello
de un clavo saca otro clavo.

BRUNO. Una dama principal...
Quién sea, no lo diré,
(Con la mano en la frente.)
aunque aquí grabado esté
su nombre odioso y fatal.
Una mujer, oh Dios mio!
con su gracia y donosura,
con su divina hermosura
me cautivó el albedrío.—
Mas peco de descortes...

ANG. Por celebrar á una diosa?
Bah! no presumo de hermosa...

BRUNO. Pues...

ANG. Ni envidio á quien lo es.

BRUNO. Si abria sus labios rojos,
de ellos manaba ambrosía;
¿y quién, oh Dios! resistia
el imperio de sus ojos?
¿Cómo ponderar aquel
buen gusto, aquel blando talle,

ACTO SEGUNDO.

Suntuoso jardin, que se comunica con la quinta de la Marquesa por un elegante pórtico á la derecha del actor: arboleda en el foro y á la izquierda: cenador enramado en el centro: bancos, jarrones y otros adornos: reverberos encendidos.

ESCENA PRIMERA.

La MARQUESA. NARCISA.

MARQ. ¿Conque fué tan incivil,
tan áspero...
NARC. Sí, Marquesa;
no exagero: en la dehesa
no hay un potro más cerril.
MARQ. Me dijo don Desiderio,
cuando licencia le dí
para presentarle aquí,
que es melancólico y serio;
pero no que así detesta
á toda mujer nacida.
NARC. Si no le trae con brida,
va á ser trágica la fiesta.
MARQ. Pues yo pienso lo contrario.
NARC. ¡Cómo...
MARQ. Dará á la funcion

realce la exhibicion
de hombre tan estrafalario.

NARC. Pero...

MARQ. Crecerá mi fama
si á los convidados hoy
un espectáculo doy
que no consta en el programa.
Y quizá con una Fílis
entre tanta bella tope
que consiga en dulce arrope
transformar su negra bílis.

NARC. No seré yo quien arrostre...
(Ah! ¿qué mas quisiera yo...)

MARQ. Pues yo no diré que no.
Qué se arriesga al fin y al postre?
La que no le domestique
tómelo á chunga y á broma,
y con su pan se lo coma
la que se ofenda y se pique.
Yo á un ente tan inconexo
quisiera ver á mis piés;
no por mi propio interes,
sino por el de mi sexo.—
Mejor que yo, si quisieras,
tú...

NARCI No sirvo para el paso.

MARQ. Sí. (Fátua!) Ese hechizo...

NARC. ¿Acaso
soy yo domador de fieras?
Ni es posible que yo salga
triunfante de tal empresa.
¿Cómo con una marquesa
competir yo, simple hidalga?

MARP. Sí tal: no te haces justicia.

NARC. Oh! sí.

MARQ. (En lo de *simple*, sí.)
Acaso sin tí y sin mí
otra cure su ictericia;
y pues de darle castigo
tratamos, y no de bodas,
confabulémonos todas
contra el comun enemigo.—

Mas cese la conferencia,
que hago falta en el salon,
y ya estará allí el huron
que...

ESCENA II.

La MARQUESA, NARCISA. D. DESIDERIO.

DESID. (Desde el pórtico.)
Dan ustedes licencia?
MARQ. Oh señor don Desiderio!
DESID. Á los piés...
MARQ. Y aquel amigo?
DESID. No quiso venir conmigo:
sobre él ya no tengo imperio.
MARQ. ¡Cómo...
DESID. El mejor dia muerde.
Yo no se qué mala yerba
ha pisado; le exacerba
todo... Qué jaula se pierde!
MARQ. ¡Lástima...
DESID. Una y otra vez
se lo he suplicado... Cero.
Mañana en el tren primero
se va á fugar de Aranjuez.
NARC. Nos honra con su partida.
(¡Dos mil...)
MARQ. Faltando el galan,
ya es inútil nuestro plan.

ESCENA III.

La MARQUESA. NARCISA. D. DESIDERIO. ÁNGELA.

ANG. Marquesa...
MARQ. (Saliendo á su encuentro y besándola.)
Ángela querida!
Buena?
ANG. Sí: gracias. Y usté?
MARQ. Buena.
(Ángela da la mano á Narcisa y D. Desiderio.)

AN.. Felices...
MARQ. Solita?
ANG. Me ha traido doña Rita.
MARQ. Y el señor don Bernabé?
ANG. Mi hermano vendrá más tarde.
MARQ. Bien.
ANG. Prévio atento recado,
una audiencia le ha otorgado...
MARQ. Eh?
DESID. Quién?
ANG. Don Bruno Velarde.
DESID. ¡Cómo... Le conoce?
ANG. Mucho.
MARQ. Vendrán al baile los dos?
DESID. Lo dudo.
ANC. Mediante Dios,
espero que sí.
DESID. ¡Qué escucho!
No; él no humilla su cerviz
fácilmente, y cuando en vano
le he rogado yo...
ANG. Mi hermano
quizá sea más feliz.
DESID. Pedir cotufas al golfo
es ya... (Música dentro.)
NARC. Suenan los violines.
(Asoman D. Adolfo y D. Filomeno.)
MARQ. Y aquí hay ya dos bailarines,
don Filomeno y Adolfo.

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES. D. ADOLFO. D. FILOMENO.

DESID. (Ofreciendo el brazo á Narcisa, que lo acepta.)
Si dama de tanto prez
me honra...
ADOLFO. Polcamos, Sofía?
MARQ. Ahora no, que todavía
espero gente. Otra vez.
DESID. (En voz baja á Narcisa, dirigiéndose con ella al salon donde se baila.)

Cuando á tal deidad remolco...

NARC. (Dengosa.)
Deidad!...

DESID. Mi gloria es inmensa.

NARC. Favor que usted me dispensa.
(Desaparecen.)

FILOM. (Á Ángela.)
Polca?

ANG. Gracias: yo no polco.
Me mareo.

MARQ. En el salon
hay otras.

ADOLFO. Espero pues...

MARQ. (Con dulzura.)
Sí.

FILOM. Acoto para despues
rigodon.

ANG. Bien: rigodon.

ESCENA V.

ÁNGELA. La MARQUESA.

MARQ. ¿Conoce usted á ese loco,
á ese don Bruno Velarde
que de execrar hace alarde
á las mujeres?

ANG. Yo, poco.

MARQ. Mucho sentiré que emigre
mañana, como lo ha dicho
don Desiderio, ese bicho
venenoso...

ANG. Eh! no...

MARQ. Ese tigre.

ANG. Tigre! Quién ha dicho tal?
Conmigo esta tarde habló,
y aunque huraño, creo yo
que no es tan irracional.

MARQ. Hipérbole de Narcisa
fué sin duda...

ANG. Por supuesto.

MARQ. Mejor. Me habia propuesto

desafiarle... por risa.

ANG. ¿Qué...

MARQ. El vulgo de las mujeres
témale: yo no le temo.
Soy partidaria en extremo
de los grandes caractéres.

ANG. Si rendir su corazon
quiere usted...

MARQ. Á eso me inclino;
mas no de mi cuenta, sino
por la honra del pabellon.
Contra quien tanto nos odia
lícito es, Ángela, el dolo;
mas yo me he propuesto sólo
que cante la palinodia.

ANG. Pero Velarde no es lego,
y la chanza bien podria
salir cara á quien... Sofía,
malo es jugar con el fuego.

MARQ. Yo puedo hacerlo sin susto;
que áun estoy recalcitrante
aunque me ronda un amante
muy tierno y muy de mi gusto.
No envidiosa pues y triste
me verán, ni por asomo,
si yo la alimaña domo
para que otra la conquiste.
Si la culta sociedad
así un prófugo recobra,
no será inícua la obra,
sino obra de caridad;
y más cuando apercibimos
para esta inocente lid,
no la tizona del Cid,
sino lisonjas y mimos.
Sola yo ¿qué haria? Nada;
pero ponerle más blando
que un guante es fijo formando
una especie de cruzada.
Solicitaré el auxilio
de todas las señoritas,
se entiende de las bonitas,

que hoy junto en mi domicilio;
Narcisa, Inés, Laura, Brígida...,
y si á usted, como debiera,
no he nombrado la primera,
es porque... como es tan rígida...

ANG. No; pero apta no me creo
para aspirar á la gloria
de tan difícil victoria.

ESCENA VI.

ÁNGELA. La MARQUESA. D DESIDERIO.

DESID. Albricias! Ya está aquí el reo.

MARQ. Voy, voy... Mi júbilo es tal
viendo honrada así la fiesta,
que quizá mande á la orquesta
tocarle marcha real.

ESCENA VII.

ÁNGELA. D. DESIDERIO.

DESID. Marcha real á un blasfemo...

ANG. Me encanta.

DESID. Él?

ANG. Ella.

DESID. Y á mí,
aunque caprichosa...

ANG. Eh! sí;
pero con brio supremo.

DESID. Burlona...

ANG. Eso dicen de ella;
pero...

DESID. Frívola...

ANG. En efecto;—
quién no tiene algun defecto?—;
pero es noble su alma y bella.

DESID. Y de su amable sonrisa,
y su talento, y su gracia
¿quién negará la eficacia?
(Ah! yo prefiero á Narcisa.)

Pero sin que yo moteje
el meritorio servicio
de volver á un loco el juicio
y convertir á un hereje,
no espero que su prestigio
se ejerza en él con fortuna.

ANG. Pues ella más que ninguna
puede obrar ese prodigio.

DESID. Á propósito: lo es,
y raro y de tomo y lomo,
traer aquí, no sé cómo,
al héroe del entremés.
Ángela, ó yo soy muy ganso,
ó aquí hay misterio.

ANG. ...No sé...

DESID. Qué ha hecho Don Bernabé?
Cómo con él es tan manso?
Ese coloquio, esa cita...

ANG. ...No sé...

DESID. Han sido amigos?

ANG. (Ah!)
(Asoma D. Bernabé.)
Él llega.

DESID. Ah! sí.

ANG. Él me dirá...
(Muda cortesía de D. Desiderio y D. Bernabé.)

DESID. Hasta despues, Angelita.

ESCENA VIII.

ÁNGELA. D. BERNABÉ.

La música toca dentro vals.

ANG. Ah! ya has venido!

BERN. Y con él!
No era tan árduo el negòcio;
que, á la verdad, aunque aquí
le han dado fama de mónstruo,
siempre por hombre de pro
le tuve, y de su coloquio
contigo inferir debia

que curados uno y otro
estamos radicalmente
de aquel delirio amatorio,
causa del bárbaro duelo
en que castigó mi arrojo
una profunda estocada
que creí me echase al hoyo.

ANG. Ay Dios! tu viaje fatal
á Zaragoza...

BERN. En Agosto
hará un año.

ANG. Con los tios
me dejaste en Elizondo,
y nada supe del lance
hasta que, entrado el otoño,
volviste convaleciente
á mis brazos amorosos.

BERN. Justo era que de los dos
pagase el pato el más loco;
mas si yo de todo punto
con aquel remedio heroico
la cordura recobré,
Velarde, no tan dichoso,
la llaga del corazon
trasladó á los hipocondrios,
y no ménos vehemente
que en el amor en el odio,
hizo—peregrina lógica!—
responsables del oprobio
en que incurrió una mujer
á cuantas hay en el globo.
No sabía que la pérfida,
cuyas flaquezas perdono,
apénas pasado un mes
dió su mano en matrimonio
á un animal de bellota
que nos ha vengado á todos.
Recordando que fuí causa
tanto como ella yo propio
de que á Velarde consuma
de acerbo pesar el tósigo,
porque, al fin, yo le reté;

áun á riesgo de un sonrojo
quise, con tu aprobacion,
trocar el antiguo encono
en franca amistad. La cita,
como hombre de honra y decoro
aceptó Don Bruno, y ¡cuál
fué, hermana mia, su asombro
cuando, en vez de provocarle,
de vengar mi herida ansioso
otra vez, le abrí mis brazos
y le dí paz en el rostro!

ANG. Ah Bernabé, qué bondad!
qué nobleza!

BERN. Soy católico.
Él me recibió en los suyos
y se arrasaron sus ojos
en lágrimas. Breves frases,
con recíprocos sollozos
interrumpidas, bastaron
á dar fundamento sólido
á la reconciliacion
de que me alegro y me honro.
Le he ofrecido la casa
que aquí al Real Patrimonio
compramos no ha mucho.

ANG. Sí?

BERN. Y ya tan amigos somos,
que mañana tomará
chocolate con nosotros.
Volver quiere á su retiro,
mas ya no lo hará tan pronto
como pensó. En cuanto al baile,
remiso estaba el neófito
en venir, porque persiste
en su horror al sexo hermoso.

(Sale de la casa D. Adolfo triste y silencioso, y dirigiéndose á los bastidores de la izquierda, desaparece por entre los árboles, sin ser visto de Ángela ni de Bernabé.)

ANG. ¡Válgate Dios...

BERN. Tú eres la única
excepcion.

ANG. (Riéndose.) Sí, como *prójimo;*
mas como *prójima*, no.
BERN. Oiga! Explícame ese... tropo.
ANG. Así lo dijo esta tarde.
BERN. Habrá hecho firme propósito
de no casarse.
ANG. Sin duda;
y miéntras sea tan hosco,
hará muy bien. ¿Qué cristiana
le ha de querer para novio?
BERN. Ninguna; ni pienso yo
proponerte tal consorcio,
aunque sólo para tí
tiene aquella lengua elogios.
No obstante, tan otro es ya,
que espero...
ANG. No hagas pronósticos
y vámonos al salon.
Qué hacemos aquí tan solos?

ESCENA IX.

D. ADOLFO, volviendo.

Me vende; ay Dios! No era en ella
como en mí, que soy un bobo,
activa llama el amor,
sino cerilla de fósforo
cuya fantástica luz
apaga el mas leve soplo.
Sea amor, sea capricho,
prodiga—extraño fenómeno!—
lisonjeras atenciones
á un hombre insociable, indómito,
miéntras yo, triste de mí!
lamentando su abandono,
su desprecio, aquí me pudro,
miro al cielo, hago monólogos...
Pero yo veo visiones
tal vez. No es posible... ¿Cómo
se ha de prendar de tal hombre
la Marquesa?—Ni él tampoco

siendo tan agreste...
(Mirando á la casa.)
Cielos!
Ellos son!...
(Entrando en el cenador.)
Aquí me escondo.

ESCENA X.

La MARQUESA de bracero con D. BRUNO. NARCISA de bracero con D. DESIDERIO. ADOLFO en el cenador.

Tocan dentro rigodon.

MARQ. Dentro hace mucho calor.
BRUNO. Sí.
MARQ. En este jardin frondoso
demos una vuelta.
BRUNO. Bueno.
DESID. (Ap. con Narcisa.)
Con usted llevo un tesoro
de gracias.
NARC. Favor que usted...
MARQ. (Señalando á la izquierda.)
Por esa calle de chopos
se va á una linda plazuela
á la cual sirve de adorno,
entre macetas de flores,
una Diana de pórfido.
Vengan ustedes.
BRUNO. (Paciencia!)
ADOLFO. (Los seguiré. Es un demonio
esa mujer!)
(Sale de puntillas y los sigue á corta distancia.)

ESCENA XI.

NARCISA. D. DESIDERIO.

DESID. Narcisita,
detengámonos un corto
momento...
NARC. Para qué?
DESID. Para

que sepa usted que la adoro.

NARC. Qué embajada!

DESID. ¿Se incomoda usted...

NARC. Pche! no me incomodo. Por qué? Eso mismo esta noche me han dicho ya siete...; ocho.

DESID. Mas ninguno, prenda mia, con la fe, con el devoto fervor que inspiras á mi alma.

NARC. Eh! calle usted.

DESID. (Tomando una mano á Narcisa y besándola.) ¡Venturoso quien reciba en el altar la suave mano en que pongo mis labios y...

NARC. Qué osadía! Suelte usted! (Si fuera el otro...)

DESID. Ay Narcisa! Muerto soy si no te apiadas...

NARC. Socorro!

DESID. No grites!

NARC. (Dándole abanicazos: al primero suelta D. Desiderio la mano que habia tomado.) Suelte usted digo, títere! villano! tonto! (Entra en la casa.)

ESCENA XII.

D. DESIDERIO.

Me luzco! Zurrarme así
la taimada—estoy absorto—
despues de escuchar con risa
benévola mis piropos!
Sierpecilla!... Eh! manos blancas
no ofenden; y ahora conozco
que esa chicuela, aunque linda,
es una necia de á fólio.
Otra habrá que me consuele
de este imprevisto bochorno.

(Entra en la casa, y al mismo tiempo vuelven por donde se fueron la Marquesa y D. Bruno.)

ESCENA XIII.

LA MARQUESA. D. BRUNO.

(Se sientan.)

Marq. Veo que es más árdua empresa
de lo que creí, Don Bruno,
lograr que modere usted,
ya que no de todo punto
lo deponga por inútil,
lo condene por injusto,
ese odio á las mujeres
inveterado, absoluto.

Bruno. Odio no; yo no aborrezco
á nadie; es que no me juzgo
en posesion de las dotes
que privan en el gran mundo,
y la humana sociedad—
perdone usted si la injurio—
no tiene ya para mí
ningun encanto.

Marq. Ninguno?
Yo he merecido, no obstante—
mucho me engríe este triunfo—
que haya usted favorecido
mi casa.

Bruno. Aunque soy adusto,
no tanto, ni tan grosero,
que á damas de alto coturno
me atreva yo á desairar,
y si he de ser franco, mucho,
señora, ha contribuido
á que haga este esfuerzo, el último,
cierta palabra empeñada.

Marq. Algo es un dia de indulto.
(Sale de la casa D. Desiderio dando el brazo á Doña Irene, á quien por señas hace notar la secreta conferencia de D. Bruno y la Marquesa, y sin detenerse más que un momento, se pierden de vista paseando por el foro.)
Ya sé que usted, no queriendo

pasar plaza de palurdo,
mas jurando no doblar
su cuello á amoroso yugo,
prometió por breves dias
renunciar á ser cartujo.
Si es caridad, la agradezco;
lo perdono, si es orgullo.

BRUNO. Mas dirá usted para sí
que no es gracia, sino insulto,
venir al baile, señora,
para ser en él un buho.

(Vuelve á aparecer por entre los árboles de la izquierda D. Adolfo, y en sus mudos ademanes muestra que oye el diálogo y expresa las diversas sensaciones que le produce.)

MARQ. Cierto: de usted no esperaba
los cumplimientos insulsos
y las triviales lisonjas
de un polluelo boquirubio;
pero ménos todavía
que con marcado disgusto
los amistosos consejos
oyera con que procuro
curarle de esa manía
que ha de llevarle al sepulcro.

BRUNO. Si es caridad lo agradezco;
lo perdono, si es orgullo.

MARQ. Cómo!... (Se levanta y tambien D. Bruno.)

BRUNO. Ruego á usted, señora,
que pues ha de ser sin fruto,
pongamos fin á este diálogo
enojoso. Yo me culpo
á mí mismo más que á nadie
de mi mal humor; no busco
lauros en él ni venganzas;
ni ya sostendré el absurdo
de que todas las mujeres
sean vitandas. No dudo
que algunas son beneméritas...
Á usted cuento en este número.

MARQ. Sí? Muchas gracias.

BRUNO. Yo, en fin,

siento mejor que discuto;
y pues no soy ergotista
y de los médicos huyo,
¿á qué pretender curarme
de la dolencia que sufro
con resignacion cristiana...

MARQ. Es raro...

BRUNO. Y quizá con gusto?
¿No es mejor que con su tema
dejemos á cada uno?
Miéntras usted, con piadosa
intencion, que tal presumo,
aquí su notable ingenio
emplea tan mal, de alguno
sé yo que adora en usted...
(Tocan dentro una polca.)

MARQ. (Ah! sí.)

BRUNO. Y hecho un energúmeno
ahora estará maldiciendo
este coloquio importuno.
(Adolfo, que de puntillas se habia retirado hácia la puerta, se presenta ahora como saliendo por ella.)

MARQ. (Pobre Adolfo!)

BRUNO. Justamente,
ahí está, y tocan los músicos...

MARQ. (¡Mal haya...)

BRUNO. Razon será
que éntre Don Adolfo en turno...

MARQ. Sí.

BRUNO. Y al brazo de un... *salvaje*
supla con ventaja el suyo.

ESCENA XIV.

La MARQUESA. D. ADOLFO.

ADOLFO. ¿Podré, señora Marquesa,
sin pecar de importuno
recordar á usted...

MARQ. (¡Volada
estoy!) Ah! sí, sí, con sumo
placer... (Desdeñada yo!)

Vamos. (Le da el brazo.)

ADOLFO. (Recobro mi influjo;
pero estaré sobre aviso;
que áun tengo en el cuerpo el susto.)

ESCENA XV.

D. BERNABÉ. DOÑA IRENE. D. DESIDERIO.

BERN. Tomemos el aire un poco,
que hace una noche de Julio.

IRENE. No más paseo. Volvámonos
al salon.

(D. Bernabé, que se dirigia paseando á la arboleda de la izquierda, se detiene oyendo hablar.)

DESID. Humilde súbdito...
(Gracias á Dios!) Ya se han ido
la viuda y su catecúmeno.—
Oh amigo Don Bernabé!
cómo tan solo?

BERN. Me aburro.

DESID. Sí? Yo tambien.—Es decir,
ahora no, porque cumplo
el grato deber...

IRENE. Yo estimo...

DESID. De ser...

IRENE. (Qué fino! qué pulcro!)

DESID. Escudero de una dama...
(que ya peina trece lustros.)

IRENE. Entremos.

DESID. (Á D. Bernabé.) Soy con usted
antes de cuatro minutos.

ESCENA XVI.

D. BERNABÉ.

No apruebo yo la extremada
austeridad de Don Bruno;
pero aunque otra cosa digan
los sectarios de Epicuro,
tambien en estos saraos,

que ellos frecuentan con júbilo,
hay para un hombre formal
inconvenientes y abusos.
Yo estaria ya durmiendo
en mi apacible tugurio
si Ángela...

ESCENA XVII.

D. BERNABÉ. D. DESIDERIO.

DESID. Cumplido ya
con aquel pesado bulto
mi servicio de bagaje
y huyendo de aquel barullo,
vengo á proponer á usted
que nos aburramos juntos.
Contémonos nuestras cuitas,
y este desahogo mútuo
quizá...
BERN. Cuitas no me afligen;
pero al fastidio sucumbo
y me fatiga el calor
y tengo un sueño mayúsculo.
DESID. Ay!, yo no; que me desvela
á mi pesar este lujo
exuberante de erótica
sensibilidad que plugo
al Cielo infundir en mí.
Dos amores de consuno
la excitan, amigo mio.
BERN. Ahí es nada!
DESID. Uno difunto;
otro incipiente. Este tierno
corazon, ay! nunca supo
estar ocioso.
BERN. ¡Es posible!
DESID. De una bella, cuyo busto
es igual al de la fábula,
me enamoraré como un turco;
y cuando creia ya
reinar en su alma de estuco,
descargando sobre mí

esta noche, aquí, un diluvio
de injurias y abanicazos...

BERN. ¡Qué me cuenta usted!

DESID. Me impuso
la pena bien merecida
de haber sido tan estúpido.

BERN. ¡Qué diantre...

DESID. Otro en mi lugar
se hubiera echado en el surco;
yo, nunca! Pero sentémonos...

BERN. No. Quiero estirar los músculos
un poco. Yo no he bailado.

DESID. (Tomando del brazo á D. Bernabé y echando á andar con él por la izquierda.)
Bien; continuaré el discurso
paseando. Pues, señor,
siguiendo luégo otro rumbo...
(Desaparecen, y al mismo tiempo salen de la casa, tambien de bracero, Ángela y D. Bruno.)

ESCENA XVIII.

ÁNGELA. D. BRUNO.

ANG. No veo aquí á Bernabé...

BRUNO. Paseando está sin duda.

ANG. Y paseando se suda...
Sentada le esperaré.
(Se sienta y á su lado D. Bruno.)

BRUNO. Yo, que ya no soy el que era...

ANG. Sí? Mucho de ello me agrado.

BRUNO. Con placer me siento al lado
de mi...

ANG. Qué?

BRUNO. De mi enfermera.

ANG. Cuidado, que soy mujer!

BRUNO. Mas, como otra igual no he visto,
para las demás insisto
en mi excomunion de ayer.
No ha mucho que en este asiento
con otra un diálogo tuve,
y tan á mi gusto estuve...

como el reo en el tormento.

ANG. Con la Marquesa; ya sé...
Y á juzgar por la apariencia,
quedó de la conferencia
poco satisfecha...

BRUNO. ¡Y qué!

ANG. El respeto que merece...

BRUNO. Sin dejar de respetarla,
no me convenció su charla
y me mantuve en mis trece.

ANG. Nadie en mérito la iguala.

BRUNO. Nadie? Ah!... En fin, no me conmueve,
y harto hice,—á usted se lo debe,—
en no echarla noramala.

ANG. Señor don Bruno!, no es esto
lo que de usted esperaba,
y nuestra amistad se acaba
si no muda de bisiesto.

BRUNO. No, por Dios! No me resigno
á perder, Ángela hermosa,
esa amistad generosa
de que me confieso indigno.

ANG. Generosa no; cristiana.

BRUNO. Por virtud tan ejemplar
de rodillas debo hablar
al hermano y á la hermana.

ANG. No que usted me erija un templo
quiero ni merezco, no.

BRUNO. Oh! sí.

ANG. Solo exijo yo...

BRUNO. Qué?

ANG. Que siga usted mi ejemplo.

BRUNO. ¿No ha logrado usted de mí
que, pecador reincidente,
en un baile me presente,
yo que en otro me perdí!

ANG. Abuso de autoridad...

BRUNO. No...

ANG. Que de nada ha servido.

BRUNO. Ángela!...

ANG. El remedio ha sido
peor que la enfermedad.

BRUNO. Yo formaria un proceso
á quien los bailes frecuenta.
ANG. Qué censura tan violenta!
No hay motivo para eso.
Todas de bailes y modas
gustamos.
BRUNO. Y usted tambien!
ANG. Sin pasion y sin desden
hago...
BRUNO. Pues!; lo que hacen todas.
ANG. ¿Tambien digna de baldon
será, don Bruno, la jóven
que, sin que monos la soben,
baila un grave rigodon?
BRUNO. Un rigodon..., pase; pero
esas..., Dios de Jericó!
cracovianas, polcas... Oh!...
ANG. Prefiere usted el bolero?
BLUNO. ¡Y, como en un mostrador
juguetes y baratijas,
exhibir madres é hijas
lo que debieran... Horror!
ANG. Pero...
BRUNO. Usted no, amiga mia,
que elegante, pero honesta,
y jovial, pero modesta,
sonroja á la cofradía.
ANG. Yo de disculpar no trato
que femenil vanidad
por lucir en sociedad
sus galas falte al recato;
pero no á todas el vicio
de la liviandad enloda,
aunque á la tirana moda
hagan ese sacrificio;
y aunque pese á Satanás,
que las persigue importuno,
muchas de ellas son, don Bruno,
tan buenas como yo, y más.
BRUNO. Ángela!, esa mansedumbre
excita mi admiracion,
pero...

ANG. En ninguna es borron
lo que es en todas costumbre.
BRUNO. Cómo!...
ANG. Y no de hoy; siempre fué
artículo de ordenanza
vestirse para la danza
con cierta...
BRUNO. Vestirse!...
ANG. ¿Qué...
BRUNO. Esas nínfas que al estrado
tan escuetas han venido,
no digan que se han vestido,
sino que se han desnudado.
ANG. Eh! no sea usted así.
Es mucha ponderacion...
Damas hay en el salon
muy abrigaditas.
BRUNO. Sí?
No todas pueden las gafas
arrostrar de un atrevido.
ANG. Malicioso!...
BRUNO. Siempre han sido
muy honestas las piltrafas.
(Sale de la casa y se dirige á ellos D. Filomeno: al verle se levantan.)

ESCENA XIX.

ÁNGELA. D. BRUNO. D. FILOMENO. Poco despues D. DESIDERIO fumando un puro y D. BERNABÉ.

ANG. Ah!
FILOM. Cubierta ya la mesa
con el *buffet* de cajon,
me ha dado la comision
mi señora la Marquesa...
ANG. Gracias. (Aparte á D. Bruno.)
Diga usted amén.
BRUNO. No tengo gana...
ANG. Yo sí.
BERN. Volvámonos... Ah! está allí.
DESID. Y el misántropo tambien.

ANG. Bernabé!—Don Desiderio!
FILOM. Vamos todos de reata...
BERN. Adónde?
FILOM. Adentro. Se trata
de tomar un refrigerio.
BERN. Santa palabra!
ANG. (Aparte con D. Bruno, que le ofrece el brazo. Hablan en voz baja D. Bernabé y D. Filomeno. D. Desiderio muestra en su semblante que le preocupa su nuevo plan.)
Á mí no:
guarde usted libre su brazo
para...
BRUNO. Para quién?
ANG. Pelmazo!,
para la Marquesa.
BRUNO. Yo!
ANG. Sí. Se picó, y esperando
está el desagravio.
BRUNO. Pero...
ANG. Se lo ruego al caballero. .
y al enfermo se lo mando.
BRUNO. (Como á un niño me maneja.)
(Entra en la casa.)
ANG. El brazo, Don Filomeno.
FILOM. (Dándoselo.)
Pues ¿y el...
ANG. (Riéndose.) Se va muy sereno
en busca de otra pareja.
(Entran en la casa.)
BERN. Viene usted?
DESID. (Sí, á ella me agarro.)
Yo iré... (Qué gracia la suya!)
BERN. Abur. (Entra tambien en la casa.)
DESID. Luego que concluya
de fumar este cigarro.

ESCENA XX.

D. DESIDERIO.

Sí, sí, estoy resuelto, y diga

Don Bernabé lo que quiera.
¿Me ha de retirar del mundo
el desden de una muñeca?
No; otra al puesto, y ¿quién mejor
que la exquisita Marquesa?
Si el diablo me ha de llevar,
que me lleve en carretela!
Su nombre es ilustre, sí,
é imponente su opulencia;
pero al cabo es viuda, esto es,
plato de segunda mesa,
y no soy yo un perdulario
ni nací en cuna plebeya;
y si el circunspecto Adolfo
puso los ojos en ella,
¿por qué con él, Desiderio,
no has de entrar en competencia?—
Mas yo, que áun no he digerido
las calabazas acerbas
de Narcisa, ¿he de exponerme
á otro ahito... y otra felpa?
Sí tal. Por qué no? Mi estómago
es de piedra berroqueña,
(Chupando el cigarro.)
y no se pescan las truchas...—
se apagó! —á bragas... *et cœtera.*
(Enciende un fósforo y el cigarro en él.)
Si los indicios no mienten,
ya ha perdido aquel babieca
toda su gracia.—Es verdad;
pero hay otro en la palestra;
mi amigo Velarde... Eh! no.
Ni ella le quiere de véras;
pues sólo por corregirle
de su aversion á las hembras,
quizá por burlarse de él,
le distingue y le corteja;
ni Bruno caerá en el lazo.
Miéntras al uno desdeña,
gasta la pólvora en salvas
con el otro, y es de perlas
la ocasion para terciar

con ventaja en la contienda.

ESCENA XXI.

D. DESIDERIO. D. ADOLFO.

DESID. Vamos... (Calle! ¡el derretido
galan! Viene haciendo muecas...
Suspira... Tronó sin duda.)
Oh Adolfo!
ADOLFO. (Mujer perversa!)
DESID. Viene usted del comedor?
ADOLFO. Sí.
DESID. Á lo mejor de la fiesta...
ADOLFO. (Impaciente.)
Eh!
DESID. Viene usted á buscarme?
ADOLFO. No, señor.
DESID. (Se desespera:
tanto mejor.) Ea, abur. (Tira el cigarro.)
ADOLFO. Abur.
DESID. Que usted se divierta.

ESCENA XXII.

D. ADOLFO.

Se sienta.

¡Verme escarnecido así,
buen Dios, por una coqueta!
¡Y para mayor ultraje
preferir—¡quién lo creyera!—
al amante más rendido
un oso de la Siberia!
No! Prefiero que me mate
á morirme de vergüenza.

ESCENA XXIII.

D. ALFREDO. D. BRUNO. Luego ÁNGELA.

BRUNO. (Dijo que aquí me esperaba...
Sin duda retarme piensa.

Oh!) (Se para y medita.)

ANG. (Saliendo de la casa con precaucion y dirigiéndose al arbolado del foro, desde el cual observa con inquietud.)
(Se hablaron al oido,
y la mirada siniestra
de Adolfo...
(Viendo á D. Bruno, se levanta D. Alfredo y se aproximan el uno al otro.)
Se acerca á él.
Cierta sale mi sospecha.
Observemos.)

ADOLFO. Señor mio,
me he tomado la licencia
de citar á usted...

BRUNO. Y yo
á invitacion tan atenta
no me he negado, aunque temo
que no ha de ser muy amena
nuestra plática.

ADOLFO. Es verdad;
pero ya que nó halagüeña,
será breve. En dos palabras:
yo amo con el alma entera
á una mujer...

BRUNO. Sí, á la viuda.
Sea muy en en hora buena.

ADOLFO. Ella me correspondia...
Así á lo ménos la pérfida
lo daba á entender. El astro
de mi ventura...

BRUNO. (Es poeta.
Lástima!)

ADOLFO. Brilló radiante
hasta que la luz serena
nubló cometa fatídico...

BRUNO. ¿Y el fatídico cometa
soy yo?

ADOLFO. Sí.

BRUNO. Lo siento; pero
no me arguye la conciencia
de haber querido segar

con mi hoz la miés ajena;
y si digo lo contrario ..
ADOLFO. Eh! yo...
BRUNO. Puede que no mienta.
ADOLFO. Bien; pero ella le prefiere
á usted, y á mí me desprecia.
BRUNO. Hace mal.
ADOLFO. Bien ó mal hecho,
yo quiero vengar mi afrenta.
ANG. (Ah!)
BRUNO. En quién?
ADOLFO. Claro está: en usted.
BRUNO. Apelo de la sentencia.
ADOLFO. No hay apelacion que valga.
BRUNO. Si tuviera usted más flema,
no me retaria á mí,
sino á quien le hace la ofensa.
ADOLFO. Si ella, por mujer, se salva
de mi venganza sangrienta,
usted no. Yo necesito
que alguno á mis manos muera.
BRUNO. No basta que usted lo diga,
señor mio. Qué simpleza!
Yo no la amo; ya lo he dicho.
¿Por qué á mí pedirme cuenta...
ADOLFO. Sí tal; que tambien es crímen
no adorar tanta belleza.
BRUNO. ¡Hombre...
ADOLFO. Y matándole á usted
los dos sufrirán la pena;
ella de no amarme á mí
y usted de no amarla á ella.
BRUNO. Yo tengo horror á los duelos...
ANG. (Ay Dios!)
BRUNO. Las leyes los vedan.
ADOLFO. No las leyes del honor.
BRUNO. Tambien. ¡Qué fatal idea
del honor!
ADOLFO. ¡Qué cobardía,
digo yo!
BRUNO. Miente esa lengua.
Yo cobarde!

ANG. (Oh!)
BRUNO. Sitio y hora.
ADOLFO. Mañana.
BRUNO. (Cruel estrella!...)
ADOLFO. Á las nueve.
BRUNO. No madrugo
yo tanto, (Ángela hechicera!)
y á esa hora tengo otra cita...
ADOLFO. Á las diez?
BRUNO. Á las diez?... Sea.
ADOLFO. Armas?
BRUNO. Para todas es
demasido hábil mi diestra.
ADOLFO. Yo llevaré sables...
BRUNO. (Distraido.) Sí,
bien; lleve usted lo que quiera.
ADOLFO. Citémonos á la entrada
de la calle de la Reina.
BRUNO. Bien.
ADOLFO. Luégo nos internamos
por aquellas arboledas...
BRUNO. Sí.
ADOLFO. Hasta mañana. (Entra en la casa.)

ESCENA XXIV.

ÁNGELA escondida. D. BRUNO.

BRUNO. Por necio
le romperé la cabeza.—
Y quién lo es más? Á él le excusa
su ciega pasion siquiera;
á mí nada. ¡Maldecido
baile! sociedad funesta!

ESCENA XXV.

ÁNGELA.

Fatalidad! Otro duelo!
Y á pesar suyo le acepta,
por un demente irritado,

Velarde, á quien atormenta
no ménos que á mí la aciaga
memoria de aquel... No! Es fuerza
á todo trance evitarlo.

ESCENA XXVI.

ÁNGELA. D. DESIDERIO.

DESID. (Sale fumando.)
Su hermano de usted desea
retirarse...
ANG. Ah! sí...
DESID. Y pregunta...
ANG. Á gozar del aura fresca
salí hace un momento. Voy...
(Dios me inspire y le proteja!)

ESCENA XXVII.

D. DESIDERIO.

Otra vez al aire vago,
escarmentado galan,
quiero meditar mi plan
digno de Roma ó Cartago,
y acá, que allá no podria,
saboreando otro puro
vencer el miedo procuro
que me arredra todavía.—
Miedo? Por qué? Viento en popa
navego y con buen cariz.
Sí tal: voy á ser feliz;
voy á hacer ruido en Europa.
Maldiciendo á la Marquesa,
que ha echado infiel en olvido
tal pasion, se ha despedido
Don Adolfo á la francesa.
Frio como el alabastro
que cubre mortuorio nicho,
apénas abur la ha dicho
el torvo filosofastro,

y premiando la efusion
con que galante la obligo,
consiente en bailar conmigo—
ahí es nada!—el cotillon.

ESCENA XXVIII.

D. DESIDERIO. LA MARQUESA.

DESID. (Ánimo pues!... Pero mustia
sale y triste y macilenta...
y mira al Cielo... y se sienta...
Pues ya! es natural su angustia.
ojo avizor!)
MARQ. (¡Ah qué amarga
decepcion! ¡Qué aborrecida
noche! Ninguna en mi vida
fué tan penosa y tan larga.
Uno glacial me reprueba,
otro con razon se enoja;
el rebelde me sonroja
y el humilde se subleva.
¡Triste de mí, que en mal hora,
ingrata á su ciega fe,
mi amor propio lastimé
por pueril antojo!)
DESID. (Llora!)
MARQ. (¿Mas por qué abatirme así,
si en suma todo fué chanza?
No merece mi venganza
ni mi lloro un jabalí.)
DESID. (Su postracion me conforta.)
MARQ. (Á los dos dias ó tres
volverá Adolfo á mis piés...
Y si no vuelve, qué importa?)
DESID. (Yo llego. Si ahora me atranco,
¿cuándo...)
(Acercándose.) Marquesita! (Audacia!)
MARQ. Ah!...
DESID. ¿Me otorga usted la gracia
de sentarme en ese banco?
MARQ. Por qué no?

DESID. (Sentándose.) ¿Y podrá mi celo,
obediente al catecismo,
viendo á usted en tal abismo...
MARQ. ¿Cómo...
DESID. Ofrecerle un consuelo?
MARQ. ¡Yo en un abismo!
DESID. Pues no?
MARQ. Consolarme usted!
DESID. ¿Quién sabe...
Algo es en crísis tan grave
un amigo como yo.
Hoy al númen de esta quinta,
con oprobio de sus nombres,
han ofendido dos hombres.
MARQ. No...
DESID. Lo sé de buena tinta;
y juro á Dios trino y uno,
si á Adolfo y Bruno reemplazo,
que sabrá mi fuerte brazo
matar á Adolfo y á Bruno.
MARQ. Sí? No soy tan sanguinaria;
y usted mas que ellos me ofende...
DESID. Yo, gran Dios!...
MARQ. Y me sorprende
tan ridícula plegária.
DESID. Á una obra de caridad...
MARQ. Oiga!...
DESID. Quién niega el indulto?
¿Cuándo ha sido ofensa el culto
que se ofrece á una deidad?
MARQ. (Me hace reir este mueble.)
¿Conque es decir...
DESID. Sí, señora;
digo que á Sofía adora
mi pecho con fe indeleble.
Haga usted una señal,
y á los dos los desafío,
aunque uno es amigo mio
y el otro no me ha hecho mal;
y si, generosa ó sábia,
Sofía á los dos perdona,
y es fuerza que otra persona

sea blanco de su rabia,
á gloria tendré y ventura,
y no á sacrificio infausto,
inmolarme en holocausto
de tan divina hermosura.

MARQ. (Vá en aumento su hilaridad.)
(Como soy, que me divierte.)
Me ama usted!

DESID. Oh! sí.

MARQ. (Á mi pena
sirve de alivio esta escena.)

DESID. Sí, mi bien! Sofía, ó muerte!

MARQ. Es digno ese amor inmenso
de... (Qué peste de humo!)

DESID. (Acercándose más.) Hermosa!

MARQ. Aparte usted. Una diosa
bien merecia otro incienso.

DESID. Ah! perdon! Tiro el cigarro, (Lo hace.)
que es vicio torpe y soez,
y no incurriré otra vez
en semejante desbarro.

MARQ. Gracias.

DESID. (Tan rica, y sin suegra!...)
Oye usted pues sin enfado...

MARQ. ¿Cómo no ser de mi agrado
galan que tanto me alegra?

DESID. El mundo me envidiará
si acepta usted (pierdo el juicio!)
la...

MARQ. Sí; pero á beneficio
de inventario.

DESID. (Desconcertado.) Ya.

MARQ. (Siempre riendo.) Pues ya!

DESID. (Calabazas duplicadas!
Aciaga ha sido la fiesta
para mí.—Pero las de esta
son, siquiera, confitadas.)
¿Castiga usted mi desliz
burlándose...

MARQ. No.

DESID. (Levantándose.) Me voy...

MARQ. (Levantándose y tomando el brazo de D. Desiderio.)

Le juro á usted por quien soy
que me está haciendo feliz.

DESID. Pero esa risa burlesca...

MARQ. No; que es de alegría.

DESID. Sí?
Pues ya me retoza á mí
tambien... (Suelta una carcajada.)

MARQ. Pues siga la gresca.

DESID. (Pasaré por su querido
y bramará aquella arpía.)
No olvide usted, alma mia,
el cotillon ofrecido.

MARQ. No! Quién tal dicha repudia?

DESID. Ah!...

HOMBS. (Dentro.) Cotillon!—*Idem*!—*Idem*!
(Óyese la música del cotillon.)

MARQ. Eh! ya los pollos lo piden...

DESID. Y la orquesta lo preludia.

MARQ. Corramos pues al salon...

DESID. Con mucho gusto... (Ay de mí!)

MARQ. Y empecemos desde aquí
á bailar el cotillon.
(Entran en la casa danzando al son de la orquesta.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en la casa de D. Bernabé. Á la derecha del actor la puerta mas próxima á la escalera, y enfrente otras dos: balcon en el foro: muebles elegantes, aunque no de gran lujo.

ESCENA PRIMERA.

ÁNGELA.

Grave es el peligro, sí;
pero conjurarle espero.
Gracias á haberme incitado
la debilidad del sexo
á ser lo que nunca he sido,
curiosa, aunque el buen deseo
me permite recordarlo
sin ningun remordimiento,
supe, á tiempo de evitar
que se verifique, el duelo
á que provocado fué
sin causa mi pobre enfermo.
No fué ménos oportuno
en mi hermano el pensamiento
de rogarle que nos diese
una prueba de su afecto

viniendo á desayunarse
hoy con nosotros, y áun debo
aplaudirme más de ver
que, no obstante la del reto,
á esta otra cita ha venido
dada con fin tan opuesto.
Aunque la insana reyerta
no ha revelado indiscreto,
y con jovial cortesía,
que es ya evidente progreso
en alma tan lacerada,
ha admitido nuestro obsequio;
sus frecuentes distracciones
y su involuntario ceño
¡cómo, ay Dios! no han de inquietar
á quien sabe su secreto?
Áun le ignora Bernabé,
pero con su auxilio cuento
si es fuerza al fin que yo rompa
mi cauteloso silencio.—
De otra alianza espero más,
y me la ha inspirado el cielo;
la de la Marquesa. Es viuda,
sagaz, de ánimo resuelto,
y sin mengua puede hacer
lo que ni debo ni puedo
hacer yo. Amante de Adolfo,
aunque antojo pasajero,
para ella fué golpe en vago,
para él duro tormento,
acrisolada verá
su firmeza en su despecho,
y si ántes de haber salido
poco airosa de su empeño
le quiso, hoy desengañada
no habrá de quererle ménos.
Honda impresion hará en ella
el billete en que la entero
de lo que pasa, y en nombre
de sus nobles sentimientos
le ruego que á toda costa
impida el trance funesto.

Lo hará sin duda...

(Llega un criado por la puerta de la derecha con una carta que Ángela le arrebata.)

Ah! Joaquin,
vuelve... Dame.—Vete.

(Retírase el criado por donde vino. Ángela abre apresuradamente la carta.)

Leo:
«Ángela querida: No,
no ha interrumpido mi sueño,
aunque algo me han sorprendido
en el sóbre los tres luégos,
el afectuoso billete
de usted, porque, lo confieso,
sin gozar un solo instante
los favores de Morfeo,
al nacer el nuevo sol
dejé el solitario lecho.»—
Yo tambien!—«Con alma y vida
la grata mision acepto
de oponerme á que se batan
dos bizarros caballeros;
y cuando la religion
no me persuadiese á hacerlo,
mi acusadora conciencia
me impondria este precepto;
que por mí, por mi punible
frivolidad, no lo niego,
ellos las vidas arriesgan,
yo mi honra y mi sosiego.
Iré al lugar del combate,
y ya que yo soy el cuerpo
del delito, ántes en mí
se embotarán sus aceros
que á uno ú otro sea infausto
desafío tan grotesco:
grotesco, sí, que, en verdad,
la causa no vale un bledo,
y los tres cuando se sepa
haremos reir al pueblo.—
Mas no habrá necesidad
de mi varonil denuedo

si de acuerdo usted y yo
evitamos el encuentro.
Pues Don Bruno está en su casa,
hágale usted prisionero;
que yo me encargo de Adolfo,
y por el nombre que tengo,
quiera ó no, que sí querrá,
le llevaré, y vivo ó muerto,
vivo sin duda, á que sea
no ya mi juez, mi trofeo.»—
Procede como quien es.
¡Cuánto la idea celebro
de haber recurrido á ella!—
Pero el irritable genio
de Don Bruno todavía
puede frustrar mi proyecto.
Mi buen hermano le tiene
entretenido allá dentro;
mas ya la hora tremenda
se va acercando, y no creo
que la olvide...

ESCENA II.

ÁNGELA. D. DESIDERIO.

DESID. Ángela hermosa!
ANG. Quién llega? (Ah! Don Desiderio.)
DESID. Saludo á usted...
ANG. Bien venido!
DESID. Se ha descansado del baile?
ANG. Sólo bailé un rigodon
y poco pude cansarme.
Usted...
DESID. Tampoco bailé
de provecho: era tan grande
el calor... Sólo dos veces
(y ninguna de ellas *grátis*.)
Una polca con Narcisa
(el diablo con ella cargue)
y el cotillon de ordenanza
que dió á la fiesta remate.
(La tal Marquesa...) Aunque siempre

tengo un placer inefable
en ver á usted. Angelita...

ANG. Mil gracias.

DESID. Hasta la tarde
hubiera yo diferido
este mi humilde homenaje;
que no es lícito á tal hora
hacer visitas á nadie;
mas sabiendo que está aquí
mi amigo Bruno Velarde...

ANG. (Ah!)

DESID. Porque me dijo anoche
que iba á tomar chocolate
con ustedes, he venido,
bella Angelita, á buscarle
para dar cima los dos
á cierto asunto importante.

ANG. Cuál? (Su padrino es sin duda.)

DESID. (Evitemos que se alarme.)
Áun no lo sé á punto fijo.
Es opuesta á mi carácter
la curiosidad. Él es
mi Enéas y yo su Acátes,
y á su voluntad me doblo
sin restriccion, sin exámen.
Pero, hablando de otra cosa
no ménos interesante,
¿quién me habia de decir
cuando yo me daba al diantre
viendo á su hermano de usted
lograr un triunfo á que en balde
yo aspiré, que del misterio
era la ignorada clave
sañuda rivalidad
que sellada fué con sangre?
Aunque me habia contado
Bruno el desastroso lance,
(cómo saldremos del de hoy?)
no tuvo á bien confiarme
ni el nombre de su enemigo
ni el lugar de la catástrofe.
En fin, bien que sorprendente

haya sido el desenlace,
ellos se han reconciliado
y mi corazon lo aplaude.

ANG. ¿Quién no ha de aplaudir... (En ascuas
me tiene este botarate.)

DESID. Con cristiandad y nobleza
han procedido ambas partes;
Don Bernabé sobre todo,
que herido fué en el combate;
y si, aunque santos los dos,
la palma se ha de dar á álguien,
primero que al taumaturgo
yo se la daria al mártir.

ANG. Ambos á dos la merecen.
(¿Qué haria yo para echarle
de aquí?)

DESID. Si permite usted,
Angelita, que le pasen
recado...

ANG. (Qué apuro!) Ya
no está aquí. (Si ahora sale...)

DESID. Es chasco... Y adónde ha ido?

ANG. Á la fonda. (¡Perdonadme,
Santo Dios!)

DESID. (¿Si habrá olvidado
la cita?) Y, si usted lo sabe,
¿qué dijo...

ANG. Que espera á usted
allí.

DESID. Voy, voy al instante.

ANG. (Ah! respiro.)

DESID. Pero luégo
que ese asuntillo se zanje,
volveré, si usted me otorga
su vénia, Angelita amable,
á que tengamos los dos
una conferencia grave,
vital..., para mí á lo ménos.

ANG. Cómo!...

DESID. He resuelto casarme.

ANG. Bien pensado. (¿Qué me importa...)

DESID. Y para el honesto enlace

á que aspiro no ambiciono
riquezas ni dignidades.
Plebe hasta hoy, me he dejado
deslumbrar por el brillante
oropel de las mujeres
del gran mundo; de esos áspides
entre rosas escondidos,
que hombres, tan superficiales
como ellas, á boca llena
llaman notabilidades.
No es usted una de tantas,
dulce Angelita, y no obstante,
tiene en su mérito intrínseco
y extrínsico más quitales
que todas ellas.

ANG. ¿Qué oigo!
Se burla usted?

DESID. Yo burlarme!
Hasta en el nombre de pila
es usted recomendable,
y al ponérselo supieron
lo que se hacian sus padres,
porque, contra lo ordinario,
de su bella alma es imágen.
Yo he conocido, Angelita,
á más de un *Marcial* cobarde,
más de un *Bonifacio* pésimo,
más de un *Benigno* intratable,
más de una *Rosa* pestífera;
más de una *Lucrecia* frágil;
pero usted es... lo que suena;
es decir, *Ángela*, un *ángel*.

ANG. Gracias... Pero olvida usted
que...

DESID. Ah! voy corriendo... Basten
por ahora, y como exordio
de mi discurso, estas frases.
Continuarémos...

ANG. (Oh!) Bien...

DESID Adios, Ángela adorable.

ESCENA III.

ÁNGELA.

¡Anda con mil... Si no apelo
para hacerle que se marche
á una mentira venial,
da con mi esperanza al traste.—
¡Y requerirme de amores
en ocasion semejante!
¡Y para mayor conflicto
sentir que en mi pecho nace
sobre el afecto de amiga
otro mas tierno, el de amante!—
Mas ¿de qué me servirá
haber echado á la calle
al galan intempestivo
que con singular donaire
ha sabido sazonar
su embestida extravagante?
Basta el teson de Don Bruno
para malograr mis planes.
¡Cómo, una vez aceptado
el duelo, lograr que falte
á su palabra?—Ah! ya viene.
Dios me ayude en este trance.

ESCENA IV.

ÁNGELA. D. BRUNO. D. BERNABÉ.

ANG. ¿Ha visto usted ya, Don Bruno,
nuestra humilde habitacion?
BRUNO. Aunque usted la llame así,
comodidad y primor
y aseo sobran en ella
para aposentar á un lord.
ANG. Con indulgencia extremada
la juzga usted; que en rigor
poco aventaja á la choza
de Báucis y Filemon.

Prosáica atencion doméstica
de ustedes me separó
miéntras en la librería...

BRUNO. Que es selecta...

BERN. Eh! no, señor.

ANG. Deliberaban ustedes
sobre la eterna cuestion
de clásicos y románticos,
de Victor Hugo y Boileau.—
Mas ya volvia... No todo
ha de ser erudicion.
Apuesto á que todavía
el huésped que nos honró
no ha visto mi jardinito...

BRUNO. Lo veré en otra ocasion
con mucho placer: ahora...

ANG. Mostrarle me da rubor
cuando en Aranjuez hay tantos
y tan magníficos son.
No puedo yo competir
con las personas de pro...;
con Sofía, verbi gracia.
Es un tiesto algo mayor
que los otros, y no más;
y pues áun no quema el sol,
ruego á usted que baje á verle,
y aunque tan pobre es el don,
reciba una flor en él
que mi mano cultivó.

BRUNO. Por hoy no puedo gozar
tan alta satisfaccion.
Tengo á las diez una cita,
y si á cumplirla no voy...
(Mirando su reloj.)
Las diez menos cuarto!—Denme
ustedes permiso...

ANG. (Ay Dios!)
No es tan tarde. Lleva usted
adelantado el reloj.

BRUNO. No, señora.

ANG. ¿Y cuándo ha sido
tan puntual un español?

Cuarto de hora más ó ménos...

BRUNO. Para quien noble nació
no es el tiempo tan elástico
ni tan lerdo el pundonor.—
Volveré... Adios.

ANG. (Interceptándole el paso.) No!—¡Detenle
Bernabé! (Temblando estoy.)

BRUNO. Cómo!...

ANG. (¡No viene Sofía
y el tiempo corre veloz!)

BERN. Que le detenga? Por qué?

ANG. Porque siniestra intencion
le aleja de aquí.

BERN. ¿Qué escucho!

ANG. No ha sabido en el crisol
de la experiencia probar
lo que afirmaba su voz.
Vuelve el filósofo á ser
miserable pecador,
y estrena su apostasía
con un desatino atroz.

BRUNO. (¿Cómo sabe...)

ANG. Va á batirse,
¡él que con harta razon
ayer odiaba los duelos!

BRUNO. Es verdad, y tambien hoy;
pero en vano he resistido
la terca provocacion
de un temerario mancebo,
y empeñado está mi honor...

BERN. El honor no está á merced
de un fatuo, y quien ya mostró
que el miedo no le ha curado
de tan lastimoso error,
bien le puede combatir
sin denigrar su opinion.

BRUNO. Cúlpese á sí mismo, más
que á mí, quien me aconsejó
volver á entrar en el gremio
de la sociedad. Me doy
por absuelto: ¡á tal semilla
tal fruto!

ANG. Fruto precoz!,
mas para darle tan malo
no darle fuera mejor.
Muy bueno era el grano; pero
la cizaña le infestó.
BERN. Para ser sociable un hombre
¿ha de ser batallador?
ANG. ¡Y batirse, justo cielo,
sin motivo y sin pasion
porque un loco lo ha exigido?
BERN. No se batirá.
BRUNO. Sí!
BERN. No!
En mí pudiera tal vez
ser excusable el rencor,
¡y amiga se une mi mano
á la mano que me hirió!
Me parece que este ejemplo
es digno de imitacion.
Ó el duelo ha de ser conmigo,
que soy antiguo acreedor,
ó sagrada es para todos
vida que respeto yo.
BRUNO. Sin abjurar los principios
que abracé con conviccion
y sin que Adolfo...
BERN. Ah!...
BRUNO. Ni nadie
ponga en duda mi valor,
yo sé el medio de cumplir
con ambos mi obligacion.
ANG. Cuál?
BERN. ¿Qué...
BRUNO. Dejarme matar
por cualquiera de los dos.
ANG. Vírgen santa! Habrá que atarle!
BRUNO. (Volviendo á mirar el reloj.)
Las diez!—Paso! ¡Maldicion...
BERN. Bien; salga usted en buen hora:
yo iré detras.
ANG. Y yo en pos.—
Mas qué digo? Ni él ni tú.

Quédese usted: su doctor
se lo manda, su enfermera,
su... amiga.

BRUNO. Perdido soy
si no vuelo...

ANG. (Deteniéndole.) ¡Quieto aquí,
ó me asomo á ese balcon
y perorando y gritando
excito un motin feroz
como el que en el año de ocho
se armó aquí contra Godoy!—
Ah! Un coche!
(Corre al balcon y mira á fuera.)
Aquí pára ..
(Vuelve al proscenio.)
Es ella!
Y Adolfo!

BERN. ¿De véras!

BRUNO. Oh!
¿qué dirán de mí!

ANG. (Corriendo á la puerta de la derecha y recibiendo en sus brazos á la Marquesa.)
Sofía!

MARQ. Ángela!

ANG. Gracias á Dios!

ESCENA V.

ÁNGELA. D. BRUNO. D. BERNABÉ. LA MARQUESA
D. ADOLFO.

MARQ. Saludo...
(Contestan con una reverencia D. Bruno y D. Bernabé.)

ANG. Oh, mi buena amiga!

ADOLFO. (Saludando á Ángela.)
Señorita!..

BRUNO. Mi sorpresa...

MARQ. Es muy natural.

BERN. Marquesa!
Qué es esto?

MARQ. (Sonriéndose.) Nada... Una intriga.

ANG. Aleve intriga, en la cual,
aunque novicia en el arte,
es mia la mayor parte.
MARQ. Yo no he trabajado mal.
BRUNO. Probar, Don Adolfo, espero
que si á la cita falté,
mia la culpa no fué.
ADOLFO. Lo creo así, caballero;
mas cada cuál por su lado
absolucion necesita:
usted por no ir á la cita;
yo por no haberle esperado.
BERN. Á su firme voluntad
yo opuse tenaz porfía.
No es suya pues, sino mia,
la responsabilidad.
Siempre digna y noblemente
Velarde obró; yo lo sé.
Yo con mi sangre firmé
su diploma de valiente.
ANG. Silencio todo varon!
Mi lengua á nadie desdora,
mas de dos hembras ahora
la culpa ó la gloria son.
Para templar el ardiente
brio de estos campeones,
un tribunal con calzones
fuera quizá inconducente;
pero pueden sin sonrojo,
como sin complicidad,
ante nuestra autoridad
deponer su fiero enojo;
enojo sin fundamento,
hijo de una aberracion,
que si honra á su corazon
no acredita su talento.
Ambos demasiado vivos;
aquel por idolatría,
este por misantropía...
BRUNO. Yo...
ANG. Perdieron los estribos;
y nuestro piadoso ardid

será sin duda eficaz
para que en risueña paz
se trueque la horrenda lid.

ADOLFO. Toca á mí rogar con ella
al señor, pues de su quicio
le saqué, falto de juicio,
con tan injusta querella.
(Mirando á la Marquesa.)
Cumplo además un precepto
dulce...

BRUNO. (Mirando á Ángela.)
Yo un grato deber...

ADOLFO. Hé aquí... La doy con placer.

BRUNO. Con satisfaccion la acepto.
(Se dan las manos.)
Y á Sofía humildemente,
con apoyo de su heraldo,
ruego que reciba el saldo
de nuestra cuenta pendiente.

MARQ. Cuál?

BRUNO. Perdone usted, señora,
si anoche, poco galante
y porque estaba ignorante
de las prendas que atesora,
y ahora confieso y promulgo,
de tétrico esplin llagado
la confundí, mal pecado!,
con las mujeres del vulgo.

ANG. Bien!

BERN. Bravo!

MARQ. Por vida mia
que no recordaba ya...
Y mas que nadie quizá
necesito yo amnistía.
Pues el momento llegó
de que todos cuenta den
de su conducta, tambien
quiero espontanearme yo. (Á D. Bruno.)
Tan censurable—soy justa—
no fué en usted la rudeza,
como en mí la ligereza
cuyo recuerdo me asusta.

Contra el pretendido orgullo
de un hombre digno de aprecio,
del mio—capricho necio!—
me armó el imprudente arrullo.
Y qué logro mi delirio?
Que usted no oyese el reclamo
miéntras al dueño á quien amo
daban los celos martirio.
Mi fama comprometí
por un soñado placer,
¡y ha estado para correr
hidalga sangre por mí!
Qué digo? Tan loca soy,
que áun ahora, cuando á este mozo
trocando su pena en gozo
la mano de esposa doy...

ADOLFO. (Arrebatándosela.)
Sofía! Oh felicidad!

MARQ. En esta resolucion
tanto como la pasion
influye la vanidad.
Yo, aunque digan mis rivales
lo que quisieren de mí,
siempre aficionada fuí
á tipos originales.
Por serlo mas que otro alguno
tendí á don Bruno mis redes,
y excuso decir á ustedes
que me derrotó Don Bruno.
Á pesar de aquel sofion,
que por justo no me agravia,
lo que en mí al pronto fué rabia
fué despues admiracion,
y haria yo el ruin papel
de ir por lana y... ¡triste adagio!—,
á no evitar mi naufragio
otro hombre más raro que él;
que si á compararse van
el que gruñe y el que halaga,
á Velarde no va en zaga
Don Adolfo Montalban.
Retar el que ama con fe

al rival aborrecido
que quiere usurparle el nido,
todos los dias se ve;
mas ¿quién con otro se mata,
porque, guardando su bulto,
no rinde á la dama culto
que al retador es ingrata?
La caballería andante,
si no es infiel mi memoria,
no ha consignado en su historia
temeridad semejante.
Con él, conmigo y con Dios
cumplo, y excuso el combate,
prefiriendo al más orate
y excéntrico de los dos.
Cuando á mi Adolfo restauro
en su legítimo trono,
si el otro no me da tono,
dicha y prez me da este lauro;
y si mi plan fracasó,
yo sé, ó mienten los indicios,
quién, con mejores auspicios,
será más feliz que yo.

ANG. (Muy conmovida.)
(Ah!)

BRUNO. (Lo mismo.) (Oh cielo!)

MARQ. Basta: ya es tarde.

ANG. (En mi alma está leyendo.)

MARQ. (Á Ángela besándola.)
Adios, perla.—Me encomiendo
á la amistad de Velarde.
(Le da la mano, luégo á D. Bernabé, y toma el brazo de D. Adolfo.)
Vamos.

BERN. Gentil desenfado!

ADOLFO. (Saludando con torpeza por la gozosa agitacion en que se halla.)
Angelita... y compañia...,
abur!

ANG.
BRUNO. } Abur!
BERN.

ADOLFO. (Ap. con la Marquesa al retirarse los dos.)
Ay Sofía!...
MARQ. De buena te has escapado!

ESCENA VI.

ÁNGELA. D. BRUNO. D. BERNABÉ.

ANG. Dichosa conspiracion!
BERN. Vale un mundo la Marquesa.
BRUNO. Oh! sí.
ANG. Albricias! Ya está esa
fuera de la proscripcion.
BRUNO. Es un diamante...
ANG. Y no en bruto;
y el buen Adolfo la adora...
¿Qué me dice usted ahora
de la semilla y del fruto?
BRUNO. Me honro ya con ser amigo
de los dos.
ANG. Y el juez adusto
que con mi cómplice es justo
¿lo será tambien conmigo?
BRUNO. ¿Cómo, Angelita, en el odio
que tuve á toda mujer
pudiera yo comprender
á la que es mi ángel custodio?
De gracia, de discrecion
y de alma virtud dechado,
¿no eres tú quien ha curado
mi doliente corazon?
Desde que ese acento oí
y ví ese rostro sereno,
¿no empecé á ser, si no bueno,
no tan malo como fuí?
Te cubrí de amargo duelo
con esta mano homicida,
¡y la tuya bendecida
me abre las puertas del Cielo!
¡Y tú me hablas de justicia
cuando es ya mi obligacion
adorarte con pasion

y servirte con delicia!

ANG. (Muy agitada.)
Velarde!...

BRUNO. Menor sufragio
no debo al númen sublime
que me alumbra y me redime,
(Con timidez.)
y si usted oyó el presagio...

ANG. El de Sofía?... Sí tal;
y hay en su voz tanto hechizo...;
y á quien tanto bien me hizo
no debo yo dejar mal.

ESCENA VII y ÚLTIMA.

ÁNGELA. D. BRUNO. D. BERNABÉ. D. DESIDERIO.

BRUNO. Oh gloria! Oh dichoso dia!...
Ángela!... (Se arrodilla.)

DESID. (Apareciendo y quedándose junto á la puerta como petrificado.)
(Bruno á sus piés!)

ANG. Velarde!...

DESID. (Cero y van tres!
Que oportunidad la mia!)

ANG. (Á D. Bernabé.)
Qué hago?

BERN. Donosa pregunta!
Álzale en tus brazos bellos
¡y sea feliz en ellos!

ANG. Sí!
(Se abrazan Ángela y D. Bruno.)

DESID. (Otra esperanza difunta!)
(Adelantándose.)
Llego en muy buena ocasion.

ANG. Ah! (Se desprende de los brazos de D. Bruno.)

DESID. Veo con gran placer...

BRUNO. Ah! ¡Tú...

DESD. (Forzoso es hacer
de las tripas corazon.)
Bien! En dulce cautiverio
cayó el rebelde feróstico

y se cumplió mi pronóstico.
Bien!

ANG. (Pobre Don Desiderio!)

(Se abrazan D. Bruno y D. Bernabé.)

DESID. ¿Conque miéntras yo, allí solo,
esperaba al combatiente...

ANG. Aquí á la guerra inminente
puso fin... un protocolo.

DESID. Bien! Vítor! Todos contentos...
(Ah!) Qué opinas hoy, querido,
del gusto, el tacto, el oído
y demas emolumentos?

BRUNO. Hoy, negando, áun mas que ayer,
á los sentidos la palma,
veo en las dotes del alma
el timbre de nuestro sér.
Si el Sumo Hacedor dispuso
proveer á los mortales
de Sentidos Corporales,
bien que vedando su abuso,
sostengo, contra la usanza,
que no con dárselos quiso
formar en el Paraíso
el hombre á su semejanza.
Qué! ¿deja de ser su hechura
quien perdió brillo y salud?
¿No es acaso la virtud
más bella que la hermosura?
No padre, sino tirano,
á no ser esto verdad,
sería de la mitad
del triste género humano.
En cuerpo mortal se encierra
lo que nunca morirá,
y del alma al cuerpo vá
lo que del cielo á la tierra.—
Yo, demasiado *terreno*—,
bien lo pagué y lo deploro—,
no creí que vaso de oro
guardase letal veneno.—
«Yo no niego ni relajo
la fe que mantengo viva;

pero de tejas arriba,
y no de tejas abajo».—
Dije, y sin más discusion
cobré al mundo antipatía
creyendo que era mi guia
la antorcha de la razon.
Y ciego á fuerza de luz,
como ántes por falta de ella,
mayor ceguedad que aquella
más pesada hizo mi cruz;
pues para con Dios impía,
que me la dió por castigo,
llevaba el cáncer conmigo
de horrible misantropía,
y ver sólo en sus iguales
falsedad, traicion, perfidia,
es, ay!, despues de la envidia,
el peor mal de los males.—
Mas de tal enfermedad
no plugo á Dios que yo muera,
(Tomando y apretando la mano de Ángela.)
y esta ha sido mi enfermera,
mi hermana de caridad.
Felizmente en ella unidos
veo—tales son y tantos!—
dulces y puros encantos
para el alma y los sentidos.
Y ahora no es ilusion,
Desiderio, mi ventura,
porque, ántes que mi ternura,
mereció mi estimacion.
Y mi cura es radical,
que con la humana familia
por siempre me reconcilia
mi novia providencial.
(Á Ángela.)
Cuando una de ellas tú eres
y á mi cariño propicia,
fuera en mí atroz injusticia
maldecir de las mujeres;—
y pues pecadores son
á porfía hombre y mujer,

y entrambos han menester
mútua consideracion,
de ella doy solemne prueba
exclamando, muy galan:
¡perdonadme, hijas de Adan;
perdonadlas, hijos de Eva!

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 12 de Octubre de 1866.

El censor de teatros.

Narciso S. Serra.